

2. Debate sobre la universidad del siglo XXI	Titulo
Tapia, Luis - Autor/a; Mirtenbaum, José - Autor/a; Rodríguez, Gustavo - Autor/a; Mayorga, Fernando - Autor/a; Salazar, Cecilia - Autor/a; Mariaca, Guillermo - Autor/a; Patzi Paco, Félix - Autor/a; Santos, Boaventura de Sousa - Autor/a;	Autor(es)
Pensar el Estado y la sociedad : desafíos actuales	En:
La Paz	Lugar
Muela del Diablo Editores Comuna CLACSO	Editorial/Editor
2008	Fecha
	Colección
Estado; Política; Producción del conocimiento; Educación superior; Universidades; Participación social; Interculturalidad; América Latina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20160304040311/cap2.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



2. Debate sobre la universidad del siglo XXI

MUSEF, 27 de marzo de 2007

Primera parte

Luis Tapia

La universidad puede ser, y ha sido, un espacio de generación de alternativas y de renovación de las sociedades y de los países. Pero también ha sido un lugar que no se ha renovado de una manera dinámica y reflexiva que, por ejemplo, siga el paso del tiempo histórico. Eso ha ocurrido en parte en Bolivia y también en otros países. La universidad ha ido cambiando, pero no como resultado de un proceso de deliberación y reforma interna, sino más bien siguiendo la fuerza de los hechos, sin que hayamos logrado hasta ahora imprimirle una dirección mucho más reflexiva y deliberada y sin que, además, haya la posibilidad de que esa capacidad de innovación, que siempre existe en la universidad, se convierta en una fuerza social que complemente la constitución de los sujetos sociales y políticos que en los últimos tiempos han creado la posibilidad de renovación y articulación del país.

José Mirtenbaum

Muchas gracias por la invitación a tan magno evento. Creo que es importante que, por primera vez, podamos reflexionar de una forma mucho más abierta sobre el rol de la universidad dentro de un proceso

de cambio que, evidentemente, hoy por hoy está interpelando muchos de nuestros paradigmas sociales y científicos en la universidad. En este sentido, unos ocho años atrás Gustavo Rodríguez, en una de las pocas investigaciones oficiales sobre el carácter de la cultura institucional universitaria, abrió un punto de debate con su libro *De la revolución a la autoevaluación universitaria*, que preocupó a muchos de nosotros en diferentes espacios de la universidad pública.

Debo recordarles que cada espacio de la universidad pública boliviana corresponde a diferentes contextos sociales y políticos. Es decir que la diferenciación o la socio-diversidad se ha ido formulando en este país a partir de la estimulación neoliberal, que ha dejado a la universidad pública casi en un estado de shock, porque prácticamente hasta el gobierno de la UDP la universidad pública era un actor político importante en la búsqueda del poder político, y en la búsqueda de un compromiso social.

Sin embargo, a medida que la globalización informática, la globalización capitalista, empezó a generar una serie de transformaciones muy profundas y a convertirnos a todos los que estábamos en esos lugares de reflexión, nos puso en una situación en la que nos volvimos consumidores pasivos de la tecnología sin entenderla en su verdadera dimensión.

Entonces, con esta breve exposición quiero simplemente reformular críticamente algunos aspectos de lo que fue la universidad pública, con su crisis en 1998, y lo que es ahora, por lo menos vista desde Santa Cruz, a efectos de mirar cómo puede convertirse en un actor importante para, de cierta manera, poder interpretar los cambios que se están produciendo a partir de los movimientos sociales y darles un sentido teórico. Así, hay tres primeras constataciones a las que me referiré.

En primer lugar, la globalización nos ha obligado a entender que la circulación de la información es solamente la base del conocimiento, y que esta información debe ser transformada por los seres humanos, en lugares como la universidad, en una serie de modelos cognitivos sistémicos de comprensión física y espiritual de la ubicación metafísica del ser humano en el conjunto infinito que entendemos por cosmos. Esto es, replicando la preocupación de Edgar Morin, en el sentido de que la

universidad allí donde esté, en el Norte o en el Sur, tiene que empezar a mirar una ciudadanía global con todo lo que ésta implica, para empezar a construir una democracia radical. Ahora bien, la democracia radical es muy difícil de construir desde lo local cuando se tiene una contradicción global que no permite necesariamente hacerlo, aunque ayer Boaventura demostró una serie de contradicciones que me parecen pertinentes por la claridad de su pensamiento.

Otro elemento que es necesario tomar en cuenta es que el conocimiento humano es un proceso aparente de acumulación de información procesada, analizada y utilizada que hoy gravita más allá de las universidades. Debemos entender, por lo tanto, que la universidad pública boliviana es en sus orígenes una universidad evangelizadora, civilizadora, es decir, entrenadora del personal colonial a efectos de que pueda administrar una población de indígenas salvajes o bárbaros.

Posteriormente, en la República, que no necesariamente nos desliga del colonialismo, ingresamos a una época en la que se sigue ejerciendo este tipo de conducta perversa en sentido de que la universidad va generando una pedagogía docto-jurídica, en la que el catedrático tiene la última palabra y en la que todavía nos es difícil entrar en una pedagogía de la relación entre el que dice la verdad y el que la escucha. Se trata aún de una relación de poder absolutamente asimétrica; ahí radica un problema fundamental que todavía no hemos podido superar en la forma de enseñar.

Una tercera constatación es que el concepto de universidad, por lo menos en Bolivia, está asociado solamente a un modo de conocer el mundo, a través de la lógica cartesiana, de la racionalidad occidental, descartándose siempre todo conocimiento que provenga de experiencias no occidentales. Eso quiere decir que no hemos asumido los saberes acumulados de culturas milenarias como parte de una posibilidad de interpretación científica del mundo que nos rodea.

Esto, obviamente, es un problema que la globalización nos está obligando a reconocer porque resulta que la construcción del conocimiento a través de una multiplicidad de información que uno puede recibir por los bytes, a través del sistema de computación y las carreteras informáticas, debe ser obviamente acumulada y teorizada. Y

resulta que eso es lo que nos falta en la universidad, donde nos estamos quedando estancados en una discusión que no pasa de una lógica economicista, salarialista, prácticamente sindicalizada y de permanente contradicción entre estudiantes y profesores, en una estructura de cogobierno que no permite avanzar. Además, resulta que el proceso de cambio que estamos viviendo es un proceso que no sale de la universidad; se trata de una especie de ruptura epistemológica que las universidades no han producido, no es una propuesta intelectual universitaria.

Creo que la universidad como tal ha quedado medio anquilosada. Hay dos cosas que le suceden a la universidad pública que es necesario empezar a reconocer y ver qué es lo que podemos hacer para resolverlas.

Primero, que el neoliberalismo prácticamente nos ha desestructurado, en el sentido de quitarnos todo lo que significa el concepto de la universidad pública, entre otras cosas privatizando los estudios de postgrado que en realidad deben ser reconfigurados según las necesidades estratégicas de un nuevo Estado boliviano.

El problema aquí es que el Estado boliviano siempre ha tenido una relación incómoda con uno de sus brazos intelectuales, la universidad, a la que siempre ha visto con sospecha. En 1955, cuando se instala el cogobierno universitario en la universidad de Sucre, se utiliza este cogobierno como una especie de control sobre qué tipo de político, de funcionario o intelectual debería salir de esta universidad docto-jurídica con capacidad para administrar el proceso estatal boliviano. A partir del neoliberalismo, que nos obliga a hablar como el Banco Mundial —de eficiencia, de competitividad, de autoevaluarnos permanentemente—, esto se rompe, y quizás por ello estamos mucho más críticamente enterrados en una especie de confusión paradigmática.

En segundo lugar, creo que la universidad hoy día juega una especie de histrión del *marketing* para lavar su muy devaluada imagen pública, y todo este tema de búsqueda de eficiencia, eficacia, acreditación, autoevaluación y concepto por la modernización no se refleja en la conducta y en la cultura institucional de la universidad. Probablemente la universidad pública boliviana actual sea una de las instituciones menos democráticas, más prebendalizadas, más fraccionadas (en el sentido de la feudalización de las torres académicas en las facultades). De modo que

si tenemos una cultura institucional de esa índole, es muy difícil hacer cualquier tipo de investigación científica o abordar aspectos estratégicos que probablemente este gobierno hoy necesite para resolver aspectos de conocimiento. Por ejemplo, la universidad no ha dicho nada sobre los contratos petroleros, y eso que tenemos facultades de Ingeniería Petrolera; las facultades de Derecho tampoco han dicho mucho sobre la Constituyente, en fin.

Sin embargo, la universidad tampoco ha presentado una propuesta sobre un último aspecto que quiero tocar. Hay un cuestionamiento que me parece muy artificioso, que se hizo desde el Ministerio de Hacienda, en sentido que la universidad pública ha estado entrenando y educando clases medias y clases medias-altas. Me pregunto dónde estará el ministro que no ha mirado cualquiera de las aulas masivas de 120 ó 130 alumnos de la universidad de Santa Cruz. Es obvio que todos en ellas vienen de las provincias o son inmigrantes de tierras altas. Es decir, son de clases emergentes, de origen muy pobre, que están buscando una educación. Creo que lo mismo sucede en la UMSA. Es decir que la universidad pública es un receptáculo, es el único lugar —como alguna vez comentábamos con Gustavo Rodríguez— en el que la juventud, no importa su origen de clase social, su origen étnico, etc., se comporta como un ciudadano en igualdad de condiciones, un ciudadano de la comunidad universitaria.

Todo ello obliga a sostener que la autonomía todavía es un concepto que resulta muy importante rescatar. Por eso espero que en el campo de la Asamblea Constituyente se abra el debate sobre cómo debemos profundizar la autonomía universitaria en sus múltiples dimensiones. Es decir, no sólo en relación con la autonomía financiera, sino también respecto a la libertad de pensamiento, y contra el pensamiento único que a veces los gobiernos tratan de imponer cuando tienen mayoría de votos y cuando son gobiernos que evidentemente tienen mucha fuerza dentro de la universidad.

El precautelar la libertad de pensamiento es una de las principales condiciones del ejercicio del principio de la autonomía. Si perdemos eso tenemos un problema muy serio, considerando, además, lo que significan los actuales proyectos de creación de universidades populares (por ejemplo en Montero, la Universidad Popular Marcelo Quiroga Santa

Cruz), que compiten con las unidades operativas académicas de la universidad pública (en este caso, la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno) en circunstancias en que hay que renegociar y redimensionar, pero sobre una base de racionalidades, no de irracionalidades.

Entonces es necesario buscar la unidad en la diversidad, reinstitucionalizar la universidad en el marco de la Asamblea Constituyente y ver cómo se pueden enriquecer los artículos correspondientes a la autonomía universitaria, como derecho constitucional, lo que, además, va acoplado con otras autonomías. No nos podemos desligar de ese concepto, que resulta un tema muy delicado que hay que trabajar con teoría crítica. Evidentemente, las universidades están obligadas a hacer este tipo de teoría.

Luego, dentro de este proceso de cambio, hay que redefinir definitivamente la relación económica entre el Estado emergente y la universidad pública, ya que de otra manera no podremos hacer muchas otras cosas para colocarnos a la altura de aquello que la globalización informática y tecnológica nos obliga a aprender.

Así, la redefinición de la autonomía universitaria tiene que verse en el contexto de la nueva generación de derechos, obligaciones y garantías humanas. Pero eso requiere alta tecnología, requiere una serie de modificaciones muy dramáticas en esta mentalidad docto-jurídica que tenemos todavía en el seno de nuestra universidad. También hay que redefinir la educación superior y su relación orgánica a la educación secundaria, primaria y familiar, es decir, el continuo de la educación. Estamos muy distanciados de todo ello, y tratamos de resolver problemas que deberían resolverse en la secundaria, por tanto, existe el problema respecto a la manera de acumular conocimiento y de hacer que la gente aprenda a resolver problemas.

Por otro lado, tenemos que redefinir nuestra relación con las universidades privadas, que existen, han existido y van a existir, y esta relación tiene que ser clara. Además, debe redefinirse la relación del sistema universitario nacional con redes de universidades regionales, del continente y del mundo. Finalmente, hay un papel que la universidad ha dejado de lado: el tema del conocimiento científico y la tecnología que debe aplicarse con referencia al uso sostenible de nuestros recursos naturales.

Termino diciendo que la universidad pública tiene que tener una relación casi orgánica con la defensa y conservación de los saberes y conocimientos de nuestros pueblos indígenas, en el acto de lograr una interculturalidad más eficiente, si queremos verlo así. Estos son ejercicios que requieren una conciencia política y una conciencia social muy elaboradas. Finalmente el cliché del asunto es que la defensa de los derechos y libertades de pensamiento de docentes y estudiantes para construir una educación pública superior ética, de calidad humana, pertinencia y relevancia sociocultural constituye una de las misiones más importantes de esta universidad pública boliviana en el contexto de las actuales transformaciones. Muchas gracias.

Gustavo Rodríguez

Quiero agradecer a los organizadores por invitarme. Ya no soy un hombre de la universidad, aunque estoy absolutamente comprometido con la educación pública entendida como un bien público. He transitado por ambos niveles: el nivel universitario —he sido decano de la Facultad de Economía de San Simón— y el ámbito estatal —he sido viceministro de Educación Superior—. Por consiguiente, podría decir, como Martí: “Conozco el monstruo, he vivido en sus entrañas”.

Lo que voy a plantear aquí es, básicamente, palabras más, palabras menos, lo que propuse en octubre de 2005 en la Comisión de la Educación Superior, en la sesión de la educación superior celebrada en Santa Cruz, en el marco del frustrado Congreso de la Educación. En ese momento, como viceministro de Educación Superior, planteé la política oficial del Ministerio en el tema de la educación superior. Lo planteo ahora no sólo porque sigo convencido de esa política, sino también para oponerme al hecho de que toda la experiencia reunida en esos largos meses de debate no hubiera sido jamás retomada por quienes condujeron el Ministerio después, bajo el argumento de que aquello fue realizado en una lógica colonizadora, olvidándose que hubo una participación de decenas y centenas de personas en el debate colectivo para la construcción de esa política de educación superior.

Allí se dijo que lo primero que había que hacer era recomponer el concepto de educación superior como un bien público. Habíamos transitado —y yo asumo la responsabilidad en lo que me toca— hacia una visión de la educación superior mercantilizada que trataba de introducir un concepto de imperialización dentro de la universidad. Este fue parte de las políticas de la educación superior de la década de los noventa, pero en el caso boliviano es altamente dudoso que lo hubiéramos logrado, y mucho menos que los principios liberales o neoliberales de la educación se hubieran introducido en la universidad, por lo menos si uno compara nuestra experiencia con la mexicana o con la chilena. Es decir, aquí no se alteraron ni la rutina, ni los valores, ni los conceptos. Lo que hubo fue un juego burocrático en la relación entre la universidad y el Estado que permitió un nuevo arreglo institucional y un nuevo juego, más discursivo que práctico. Aquí no hubo, entonces, neoliberalismo en la educación superior. Lo que sí hubo fue un intento de introducirlo en el diseño estatal, pero que fracasó 14 ó 15 años después sin que se hubiera producido.

De todos modos, recomponer la universidad como bien público significa cambiar el discurso estatal que estaba centrado en la idea de que era necesario establecer un vínculo estrecho entre universidad y mercado, y quizás ahí radica el error. La concepción política equivocada fue suponer que pertinencia es equivalente a mercado, cuando pertinencia es un concepto un poco más amplio, que puede ser socialmente rescatado y no necesariamente vinculado a la idea de mercado o de validación por la vía de la sanción mercantil.

Sostener, por consiguiente, que la universidad sea un bien público, tal como figura en la declaración de la UNESCO, suponía algunas cosas adicionales en nuestra propuesta. Por un lado, que la universidad debía mantenerse básicamente con fondos públicos, cuando en el caso de Bolivia no hubo, ni siquiera en el diseño estatal, la posibilidad de sustituir estos recursos, ni nunca se mencionó introducir colegiatura, ni establecer cambios en el financiamiento, como ocurrió por ejemplo en Chile, donde los recursos públicos se aproximan a un tercio, o como ocurrió en México, donde aquellos llegan a un 50 ó 60%, incluso menos, dependiendo de la universidad. Se trataba, por consiguiente, de sostener que es al Estado al que le corresponde financiar la educación pública.

Esto era importante porque las tendencias hasta ese tiempo eran, más bien, tratar de establecer lo contrario.

No obstante, eso suponía una responsabilidad por parte de la universidad porque no hay manejo de fondos públicos si ésta no es capaz de ser responsable frente a la sociedad, que es la que paga los impuestos. Esto implicaba, a nuestro juicio, introducir mecanismos de evaluación y autoevaluación, pero no entendidos como un ranking o una concepción burocrática autoritaria, sino como una introspección colectiva de la institución respecto de sí misma, que tomara el concepto de calidad no entendida como excelencia sino de calidad como valor agregado. En ese marco, hay investigadores brasileños rescatables, como Dino Ristoff y Dennisse Leite. Parecía que la experiencia brasileña era muy rica respecto a cómo un sistema de educación superior podía trabajar en acuerdo con el Estado. Los trabajos de Helgio Trindade también me parecen muy ricos en ese sentido.

Asimismo, existen enormes vínculos entre el poder político y la autorización de universidades privadas, aunque esa no fue nuestra política. Durante los dos años y medio que estuvimos en el Ministerio no aprobamos ninguna universidad; por el contrario, cerramos varias y tuvimos enormes conflictos debido a ello. De hecho, cuando el presidente Mesa fue sustituido por Rodríguez Veltzé yo fui —y me enorgullezco de eso— el único funcionario del Ministerio en ser despedido a solicitud de las universidades privadas. Y es que yo entendía básicamente que la función del Ministerio y la función del Estado es regular el mundo de la universidad privada, y si algo había que hacer era luchar contra la mercantilización de la universidad privada.

Esto suponía en primer lugar un sistema de regulación. Para eso creamos el Consejo Nacional de Acreditación de la Educación Superior. En segundo lugar, un sistema en el que las sanciones y las condiciones para la apertura de las universidades privadas fueran mucho más exigentes. En tercer lugar, ni un centavo de los recursos públicos debía ir a la universidad privada. Y en cuarto, llevar adelante un conjunto de medidas legales, de modo que las universidades privadas también se construyan como comunidades, puesto que uno de los grandes problemas de estas universidades no es sólo su orientación al mercado, no es sólo

la ganancia como objetivo de esta institución, sino que los estudiantes han sido transformados en clientes y los docentes en proletarios más o menos educados.

Reconstruir la comunidad en la universidad significaba transformar un gobierno de carácter nepotista y discrecional en un gobierno que tuviera, por un lado, participación social y participación de la comunidad en tanto tal. Por todo eso, entiendo por qué las universidades privadas rechazaban este tipo de política. Es falso suponer que exista una reforma de la educación superior si sólo hay reforma de la educación pública. La reforma debe incluir a todo el sistema de la educación superior, porque de 350 mil estudiantes, hay entre 70 mil y 80 mil estudiantes en la universidad privada —considerando a la Universidad Católica y a la EMI como parte de las universidades privadas, porque su financiamiento es privado y sus reglas son básicamente privadas—. Sin embargo, respecto a la producción de graduados, probablemente la proporción entre universidades públicas y privadas sea cada vez más pareja. Por tanto, el mercado de la educación superior está cada vez más controlado y cada vez más dominado por las universidades privadas, sobre el cual no tenemos ningún conocimiento ni control.

El otro punto de esta idea de la universidad como bien público planteaba algunas otras cosas. José Mirtenbaum ya lo ha dicho aquí y no voy a repetirlo, pero en nuestra propuesta se trataba de discutir la epistemología, la gnoseología planteada desde la universidad, vista no sólo desde el paradigma del conocimiento occidental. Se trataba de recomponer y reconciliar a la universidad con los otros saberes, lo que Boaventura llama la ecología de los saberes. De hecho, se trataba entonces de establecer un puente de conocimiento y de diálogo entre dos formas de entender el conocimiento: el conocimiento más occidental, más tradicional y los demás conocimientos. Ello suponía, por consiguiente, líneas de investigación participativa y la reorientación de la investigación, de modo tal que la investigación estuviera ligada a las necesidades de la comunidad. Esto tenía cierto sentido porque, por otro lado, los cuerpos académicos dentro de la universidad son escasos, son pequeños y, por tanto, suponer que íbamos a hacer una investigación de punta era simplemente imposible.

Por tanto, pensábamos que había que destinar cierta parte de los recursos públicos y cierta parte de los recursos de la universidad a este encuentro entre conocimiento, sociedad y universidad y otros saberes alternativos. De hecho, se pueden revisar los recursos del Fondo de Calidad, que fueron orientados a reconstruir este tipo de política y formaron parte del Plan Nacional de Ciencia y Tecnología, que probablemente haya terminado en algún basurero, porque así es la memoria estatal: el que viene cree que debe comenzar todo de nuevo, como si nadie más pudiera decir nada. No hay una continuidad en la memoria estatal y ese es un desperdicio enorme en un país tan pobre. Por tanto, esta idea del encuentro del conocimiento y de la investigación, de esta investigación orientada de forma diferente, de esta investigación participativa entre universidad, sociedad y reconocimiento de los otros saberes, podía cumplir un rol en ese sentido.

Finalmente estaba el conjunto de reformas o propuestas, que ha tenido siempre un carácter endogámico —y así me parece que está planteada la Ley Avelino Siñani—, lo que quiere decir que nos miramos a nosotros mismos en un mundo donde eso ya no es posible. Nosotros habíamos hablado de una cooperación solidaria, una relación horizontal con los otros Estados, en el marco de este proceso de globalización, que no negábamos, pero no deducíamos el proceso de globalización del conjunto de las políticas del Ministerio, ni muchos menos de las universidades. Es decir, no éramos como los luditas¹ del siglo XVIII, que durante la industrialización europea se dedicaron a quemar máquinas. Usábamos las máquinas, pensábamos, asumíamos que vivíamos en un mundo de esa naturaleza, pero si estos eran los ejes posibles de una reforma, el problema mayor es: ¿qué descentraré ahora?, ¿quiénes son los actores de esta reforma?, ¿quién la va a hacer? Admitiendo, por supuesto, que esto es lo que queremos.

La crisis es un concepto que ha acompañado a la universidad durante toda su vida; por tanto, hablar de crisis no significa nada. Es tan banal decirlo que es mejor no decirlo porque estuvimos en crisis en los

1. El ludismo (por su semilegendario líder Ned Ludd) fue un movimiento obrero que adquirió auge en Inglaterra a partir de 1811. Sus acciones se basaban en la revuelta espontánea y desorganizada, atacando con frecuencia a los instrumentos de producción. Nota de edición.

años treinta, cuando se hizo la reforma que dio lugar a la autonomía, estuvimos en crisis cuando vino la Revolución del 52 y escapamos hacia el cogobierno paritario docente-estudiantil, estuvimos en crisis en los años setenta, cuando escapamos hacia el voto universal de los estudiantes, estuvimos en crisis en 1985, después de la UDP, cuando escapamos hacia ese modelo de participación que ya no me acuerdo cómo se llama porque nunca se implementó, escapamos hacia el proyecto neoliberal del cual, es cierto, yo diseñé parte durante la década de los noventa.

Hoy volvemos a escapar bajo la idea absolutamente falsa de que es posible reformar la universidad a través de dos elementos: el primero, mayor participación de los estudiantes y el segundo, control y veto de la sociedad respecto de una institución que, por su propia naturaleza, debe ser autónoma. Es decir que nuestro debate nunca ha sido un debate académico; ha sido fundamentalmente un debate político ligado a los intereses corporativos y a los juegos de poder internos dentro de la universidad. Uno puede pasar por las elecciones de la universidad y no obtener absolutamente nada porque no debatimos ideas, debatimos cómo los actores se colocan en el marco de estas ideas. Entonces uno de los gravísimos problemas de esta agenda-reforma es que no hemos reparado en la ingeniería de la reforma, no sabemos quiénes son los actores, e internamente no hay actores para esta reforma. Es decir, no somos la universidad mexicana, ni somos la universidad argentina o la universidad chilena, donde un conjunto de académicos con una fuerte ética y compromiso con la educación superior debate los impactos de la globalización o del neoliberalismo.

Aquí no hay una tradición académica; nunca la ha habido. En verdad, nunca hemos tenido universidad en el sentido convencional del término: investigación que transmite, crea y difunde el conocimiento. Eso nos dificulta volver sobre una tradición que no existe. Por eso creo que, más que hablar de reforma de la universidad, hay que hablar de construcción de la universidad, pues es difícil reformar lo que no existe. Si no hay actores internos —en los años noventa yo había supuesto que ese actor iba a ser el Estado, pero el Estado tenía compromisos dobles con la universidad y no tenía ningún interés en la reforma—, ¿cuáles son entonces los actores? Yo creo que ustedes, como comunidad universitaria,

deben debatir quiénes son los actores de la reforma, ligando el debate a lo que queremos hacer.

Los estudiantes están más preocupados por otras cosas. De los casi 60 mil estudiantes de la UMSA, sólo votan 3 mil ó 4 mil para la elección de la FUL (Federación Universitaria Local). De modo que no hay movimiento estudiantil; hay muchas subjetividades estudiantiles, hay muchos tipos de estudiantes. No hay movimiento docente, y si lo hay es absolutamente corporativo. Entonces ¿cómo crearlos?, ¿dónde está el poder de transformación de la universidad?

Puedo suponer que en México, Chile y el Brasil este poder está en las propias comunidades universitarias que luchan, pelean y se complican con el Estado, pero aquí... Entonces ¿cómo construimos un tejido? Me parece, y aquí concluyo, que este tejido sólo puede darse a partir de tres ejes, que se respetan mutuamente, que reconocen cada una de sus potencialidades y que tratan de entender que, finalmente, en el marco de una reforma del Estado, de una refundación del país, necesitamos otra universidad. Esos tres actores son la universidad, el Estado y la sociedad. Sólo en esta nueva coordinación del sistema, para usar un término protocolar, podemos entender un proceso de construcción de la universidad. Lamentablemente, el actor básico, la universidad, sigue siendo el más ausente.

Pero la prisa en estos casos no conduce absolutamente a nada. No hay reformas si no están bien asumidas por la propia comunidad, no hay mano militar, no hay imposición externa, no se puede desbandar una universidad como se desbanda un ejército. Es decir, este es el juego difícil y me parece que la ingeniería de la reforma es tan importante como definir en sí misma qué es la reforma, y yo soy muy pesimista en relación con esto. En el texto que escribimos en el año 2000 con Guido de la Cerda y otros colegas, decíamos que reformar la universidad es también reformar el Estado, que ambos tienen un juego mirada a mirada, y en el texto último que escribimos con Crista Weise —*La educación superior universitaria en Bolivia: el espejo del vampiro*— quedaba absolutamente claro lo que queríamos decir: que la universidad es como un vampiro, que no puede mirarse en un espejo porque el espejo no refleja nada, y es que finalmente no existe. Por eso la universidad no puede dialogar

consigo misma. Por eso afirmo que hay que construir la universidad, más que reformarla como tal.

Debate

Pregunta

Llevo muchos años en el consejo de mi carrera y mi percepción es que los problemas no vienen del sector estudiantil, y que cuando se habla de cogobierno se lo plantea como si éste fuera sólo el sector estudiantil. En el cogobierno entran también el sector administrativo y el docente, que pueden o no hacer un mal manejo de los recursos del Estado. De modo que no culpen de esto sólo a los estudiantes.

Hay un par de cosas que se han dicho aquí con las que no estoy muy de acuerdo: que el conocimiento no se mide en gigabytes, y que el cogobierno no permite avanzar en la investigación. Me parece que buscar un chivo expiatorio nos hace perder oportunidades y perder de vista algunos de los problemas centrales, uno de los cuales no se ha mencionado: la corrupción por temas gremiales, salariales y administrativos y por los aparatos partidarios que se han incrustado en la universidad. Cuando se dice que el neoliberalismo nos ha quitado algo, me da un poco de rabia que seamos tan pasivos; es como si no fuéramos actores, y yo creo que sí lo somos. Hay cosas que han pasado en la universidad que son nuestra hechura, y también va a ser el sector docente el que las cambie.

Con relación a la vaca lechera que llamamos postgrados, evidentemente es una aberración de nuestra universidad que se los vea como un servicio más o menos equivalente a vender puertas o fabricar chapas. Eso es algo que hay que cambiar. Lamentablemente no hay muchos acercamientos a un debate interno. En la última elección se habló de tener un congreso universitario, que hace rato que está faltando y no se concreta. Ojalá que sea en la próxima ronda. Gracias.

Pregunta

Una pregunta a José Mirtembaum: ¿qué opina sobre esta pugna entre universidades populares y universidades estatales?

Pregunta

Licenciado Rodríguez, quiero rescatar su experiencia en la función de viceministro de Educación Superior. Es cierto que la sociedad y el Estado están sufriendo el ejercicio de una autonomía sin ética. En ese sentido, frente al histórico divorcio que existe entre la universidad y el sistema de educación humanista, ¿qué acciones o qué programas usted ha desarrollado para romperlo?

Comentario

Creo que la universidad tiene dos partes: es actor y es estructura. Como actor tiene autonomía, que es como un hilo que se mantiene constante, pero como estructura, en vez de decir que la universidad es estatal, yo diría que es reflejo del Estado. En ese sentido, un Estado más democrático refleja una universidad más democrática, un Estado más privatizador refleja una universidad más privatizada.

Creo que por eso ambas cosas —la lucha por la autonomía y el reflejo del Estado— llevan a que la prostitución universitaria sea una constante. Yo creo que somos las grandes prostitutas de la administración, somos los que definimos los paradigmas, somos los que definimos las palabras que se debe poner en un proyecto de investigación para que te sea concedida una beca. En la puerta de mi despacho, en la Universidad Complutense, tengo un chiste: son dos tipos hablando y uno de ellos dice “este problema es muy complicado, necesitamos la opinión de un experto” y el otro dice “estoy de acuerdo, ¿a favor o en contra?”. Porque siempre vamos a encontrar un intelectual para defender cualquier tipo de barbaridad, sobre todo si es universitaria. Creo que esto nos lleva a entender por qué la universidad siempre ha estado en crisis y siempre es reformable.

Si añadimos un tercer elemento, es que la universidad tiene una gran autoestima y creo eso que nos lleva a entender por qué difícilmente es autorreformable. En ese sentido, hay algo que me gustaría señalarles:

cuando el profesor Rodríguez plantea que aquí no hay universidad, tengo la sensación de que los hijos de los demás siempre crecen más deprisa. Hace 15 días, en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense tuvimos una discusión muy fuerte porque el director de un departamento entendió que ante la jubilación de dos catedráticos, en vez de pedir al Rectorado dos plazas de catedráticos y un poco más, había que reconvertir esas dos plazas en un profesor titular y en un ayudante. El departamento se le echó encima diciéndole que era tonto, que siempre había que pedir más para crecer más, y este profesor les contestó preguntando qué pasaba con “nuestros discursos de contención del Estado, de uso eficiente de los recursos, de frenar ese crecimiento desmesurado”. La respuesta correcta es que somos difícilmente autorreformables, y que somos incapaces de aplicar buena parte de nuestros discursos a nosotros mismos.

En ese sentido hay un ejercicio muy sencillo, que sé que el profesor Boaventura de Sousa Santos lo aplica y es bueno: ¿por qué no intentamos todos bajar nuestro discurso de la reforma del Estado al ámbito concreto de la universidad? Ahí nuestro discurso deja de ser más bonito porque nos obliga a ser coherentes, y eso a lo mejor perjudica nuestra situación de poder. La conclusión sería si no resulta más razonable plantear a la universidad aquello de mandar obedeciendo y en qué sentido esta reforma de la universidad no consistiría en ponernos al servicio de las demandas de la sociedad, algo que hacemos cuando la empresa nos lo demanda, y lo hacemos con mucha facilidad. Pero nos vemos incapacitados para dar nuestra opinión o para poner nuestro conocimiento al servicio de las demandas de teorización de aspectos claramente subteorizados que están ahí afuera y que quizás no nos den prestigio, no nos den dinero y que, por tanto, dejamos de lado.

Pregunta

Coincido con este diagnóstico en torno a la profunda separación entre la universidad y la sociedad, y me parece que en un país como Bolivia, donde hay un componente indígena tan fuerte en la sociedad, pensar la reforma universitaria o la construcción de la universidad, como se ha señalado aquí, pasa necesariamente por pensar el tema de la

interculturalidad dentro del quehacer universitario. Me gustaría saber cómo están pensando acá en Bolivia el tema de la interculturalidad y de la construcción de una universidad intercultural.

Pregunta

Mi pregunta es para el licenciado Rodríguez. Quedé impresionada por su libro *Educación superior en Bolivia*, especialmente por el capítulo sobre investigaciones en el área técnica, a la cual pertenezco. En él nos mostró, con cifras y todo, que la investigación técnica gana numéricamente en la universidad. Pero la investigación técnica se da cuando hay industria en el país, cuando hay demanda y las empresas interesadas se ponen en contacto, proveen equipo y se sirven de los resultados.

El neoliberalismo y la globalización no nos dejan espacio para industrializar Bolivia, estamos conscientes de eso, y si no me creen, lean a Eduardo Galeano. Entonces sigo preocupada, porque si necesitamos investigación en el área técnica, de dónde sacamos recursos, porque no tenemos industria, y quién sabe cuándo la tendremos. Sobre todo si la Ley Avelino Siñani tiene rasgos de neoliberalismo y maneja temas neoliberales, qué futuro tendremos. Gracias.

Gustavo Rodríguez

Un par de apuntes: nuestra propuesta hablaba más bien de un gobierno de los docentes, un retorno al punto de origen. La universidad fue gobernada históricamente por muchos años, entre 1930 y 1952, por una comunidad de los docentes. La universidad no es una ciudad, no es una república, no es “uno igual un voto”; hay funciones diferentes, distintas, pero esto lo dejo para el debate.

En la medida en que las universidades públicas no se reformen —y yo tengo mis dudas de que esto vaya a suceder—, van a surgir demandas para la apertura de otras universidades. Por ahora esas no son demandas en el sentido de pensar nuevos modos de enseñanza, aprendizaje o de gestión; son demandas de acceso, como lo que está sucediendo en el caso de Santa Cruz, o lo que ocurrió en el caso de El Alto, que es un ejemplo patético. En tanto obedecen a demandas de acceso, no son en verdad

universidades populares; las únicas que podrían serlo son aquellas que estuvieron en mente en Oruro. El actual Prefecto de Oruro, Luís Aguilar, hizo una propuesta muy interesante de una universidad indígena, que nosotros apoyamos desde el Viceministerio. También desarrollamos e incluso diseñamos, trabajando con los sindicatos, una universidad para el Chapare. Bueno, pero ahí teníamos otro modelo de gobierno, de enseñanza, de aprendizaje, que tiene enormes dificultades de traducirse: ¿cómo hacer una pedagogía popular?, ¿cómo hacer una pedagogía descolonizada? Son necesarias, pero ¿cómo hacerlas?

No tenemos experiencia en eso, pero no estoy en contra; me parece una opción, me parece una posibilidad si se la entiende como una pedagogía diferente. Pero si se la va a entender simplemente como un cálculo, una copia de la universidad pública, no veo por qué tendríamos que llamarla popular. Ya la universidad pública es popular por el tipo de estudiantes que tiene, pero no lo es por su orientación, entonces no veo qué ganaríamos con eso. Tampoco veo qué ganaríamos con la desconcentración que está en la Ley Avelino Siñani; si está mal aquí, estará también mal en el otro lado, pero no estoy en contra; las universidades indígenas me parecen perfectas.

Cuando digo que no hay universidad no lo digo en un sentido peyorativo, lo digo como una constatación fáctica. La definición clásica, convencional, casi “humboldtiana” de universidad es “universidad de investigación”, y aquí no hay investigación, ergo, no hay universidad clásica; lo que hay es una instancia de profesionalización. Que lo haga bien o no, es otro tema. Con eso no quiero decir que los que están en la universidad no hacen bien las cosas, pueden hacerlo de un modo excelente, pero no existe esta idea de universidad como un conjunto de personas que reflexionan sobre sí mismas, que producen o desafían el conocimiento.

Lo que ocurrió aquí es muy diferente de lo que ocurrió entre los brasileños, porque allí sí hubo una política neoliberal. Aquí la política neoliberal existió por la idea de la restricción parcial de los recursos públicos, pero nunca alteró la rutina de las instituciones de educación superior. Ningún docente boliviano tiene que concursar para mejorar su salario, como ocurre en las universidades mexicanas. Mi querido amigo

Eduardo Ibarra, de la UAM Xochimilco, me contó que sólo 30% de su salario viene del presupuesto, el otro tiene que conseguirlo vendiendo proyectos, etc. Eso no ha pasado en las universidades públicas bolivianas; aquí la negociación es el punto básico de la asignación del presupuesto, pero no ha habido lo otro, salvo en el discurso del neoliberalismo, no importa si es bueno, malo o perverso.

No estoy tan seguro que más democracia en la universidad sea el mejor camino. Las universidades deben ser necesariamente autónomas por principio, por definición, pero el punto es cómo ejercen su autonomía. Esto es lo que debemos discutir desde la sociedad y desde la universidad. Lo que sí me parece es que la universidad ha perdido la ética de sí misma, que es el compromiso glorioso de ser universidad, y el tejido de una institución que no se reconoce como tal es algo difícil de construir. El gravísimo problema es que no se trata de un conjunto de investigadores pobres comprometidos con la universidad, sino de un conjunto de investigadores, más o menos ricos, sin compromiso con la universidad.

Probablemente esto tenga que ver con la forma en la que hemos desarrollado la vida en la universidad. Nunca hemos tenido cuerpos estables de docentes y profesores. La UAM Xochimilco tiene 50 mil alumnos, como la UMSA, pero tiene 3.500 profesores a tiempo completo, es decir, allí hay una comunidad reflexiva, en tanto que aquí no. Nuestra comunidad es de funcionarios y de docentes que entran y que salen de la universidad; entonces es muy difícil un universo reflexivo interno.

En cuanto al postgrado, este es un postgrado de huída, un postgrado profesionalizante, lo dijo José Mirtenbaum y lo reitero: es el quinto o sexto año de la carrera. Pero como este postgrado está destinado a validar recursos de la universidad, está orientado a la demanda. Es ahí donde se comprueba este vínculo. Por otro lado, queda claro que mientras predomine la demanda no habrá quién quiera (o habrá muy pocos) desarrollarse por la vía de los postgrados científicos, más complejos, más difíciles, más largos, más caros, por consiguiente, y que no aseguran el trabajo. La universidad ha sufrido esta idea del vocacionalismo: yo voy al postgrado porque quiero mejorar mis condiciones laborales. Pero las condiciones laborales para un investigador en un país como el nuestro

son cero; mis hijos, mis sobrinos, los hijos de mis amigos me dicen: “Estás loco, no sé cómo pasas tu tiempo trabajando, investigando”.

Lo que ha sucedido es que se coloca el valor del retorno por encima del postgrado. Entonces uno calcula cuánto invierte y cuánto obtiene. Además las universidades privadas, en absoluta desregulación, en absoluta perversidad, han desarrollado estos programas de fines de semana. Obtener un diploma de maestro o de doctor ya no significa nada. Estoy tentado a quemar los míos como repudio a lo que sucedió: hice 18 meses de postgrado y hoy se puede obtener el mismo en fin de semana. Por eso es que no hay postgrados. ¿Quién debe desarrollarlos? El Estado debe colocar recursos para desarrollar programas científicos y los alumnos que vayan a esos programas científicos deben tener la posibilidad de ser contratados cuando terminen el postgrado, hay que jugar de ambos lados. Si no, ¿quién va a contratar a esos investigadores?

Bueno, volviendo al tema de José, sí estoy de acuerdo con la interculturalidad, estaba en nuestro plan del año 2005, pero él es absolutamente experto en el tema, yo soy su alumno.

José Mirtembaum

Quiero tocar dos temas que están interrelacionados: el cogobierno y la interculturalidad. Primero aclararé que no es que el cogobierno sea un chivo expiatorio; simplemente, las condiciones temporales de la relación de poder entre docentes y estudiantes es diferencial. Los estudiantes son parte de la comunidad temporal de la universidad y los docentes persisten en el tiempo, es una relación entre estática y dinámica. Por lo tanto, si uno hace una reflexión mucho más dura, más profunda, el cogobierno a nivel de los ilustres consejos universitarios es totalmente ineficiente y absolutamente inoperante para tomar decisiones en temas estratégicos de investigación, por ejemplo. Eso se lo ha endosado al postgrado; en principio, los estudios de postgrado tenían la capacidad para definir ciertos aspectos de investigación que podían haber sido llevados a cabo por unidades de postgrado, pero como ya hemos dicho, a la luz del neoliberalismo globalizado se convirtieron en estudios *light*.

Respecto a la interculturalidad, este es un tema que hay que trabajarlo sobre la base de que no hay una necesidad, por el momento, creo yo, de entrar en una universidad popular, basada en los conocimientos y saberes indígenas, por algo que me dijo mi profesor de antropología hace muchos años: que los así llamados primitivos del mundo precapitalista, originario, o como quiera llamárselo, no han desarrollado el manejo, la administración del conocimiento en disciplinas. Digamos que no hay, dentro del conocimiento aymara, la necesidad de antropólogos aymaras para ir a estudiar a los españoles. Por lo tanto, qué podemos ofrecer nosotros en una universidad que diferencia el sujeto y el objeto a partir del paradigma diferencial cartesiano, en la que siempre estamos estudiando el caso. ¿Quién es el caso aquí? El caso es la comunidad aymara, la comunidad guaraní.

De modo que la interculturalidad universitaria para una sociedad como la nuestra tiene que reconstruirse o construirse de nuevo sobre la condición de una ciudadanía en igualdad y diversidad de condiciones, respetándose el uno al otro, sobre la base de ocupar un solo espacio de conocimiento diverso, y eso es un problema muy serio en términos de nuestra universidad nacional. Esos son problemas que hay que investigar. En la lingüística, por ejemplo, por qué insistimos en que se hable y se escriba correctamente el español, cuando en una universidad intercultural sería absolutamente válido que un estudiante que no tiene tradición escrita pueda presentar sus trabajos oralmente. Yo lo acepto porque un 20% de los estudiantes en mis clases en sociología en sexto año son aymaras y quechuas, y a ellos les permito que me presenten sus trabajos visualmente, en CD, y son magníficos para hacer explicaciones o algo grabado e incluso cantado. Pero el problema es que todos dicen: “Oye, pero este tipo se está alejando de lo docto-jurídico”. “Tú eres catedrático, cómo puedes permitir estas cosas”.

Entonces en la misma condición cultural de institucionalidad, la interculturalidad es un tema que, según los criterios de Boaventura, vamos a tener que trabajar desde el fondo. Pero ¿qué significa trabajar desde el fondo? Significa trabajar en la interculturalidad desde el kinder para que tengamos estudiantes que entiendan la relación de la interculturalidad consigo mismos —porque es una relación consigo mismo también— y

con otros. Eso significa que la universidad tiene que mirarse a sí misma. Son temas que ni siquiera discutimos, y eso que tenemos facultades de Educación; seguimos reproduciendo los mismos profesores que simplemente ayudan a memorizar ciertas cosas. Entonces el problema de interculturalidad y cogobierno son temas muy álgidos, son temas que requieren mucha teorización crítica, que todavía no la tenemos y no estamos dispuestos a tenerla. Ahí dejo esta parte de la polémica.

Segunda parte

Fernando Mayorga

Agradezco por la invitación a las instituciones que han organizado este evento. Me resulta muy sugerente estar en un espacio ajeno a la universidad para hablar de la problemática universitaria. Además, conversar sobre la universidad después de mucho tiempo denota una preocupación motivada no solamente por el libro del profesor Boaventura de Sousa, sino porque la mayoría de nosotros venimos o estamos en el mundo universitario, ese mundo que, como bien dijo Gustavo Rodríguez, es también una comunidad.

Pensar la universidad, evidentemente, no es un desafío actual, es un desafío permanente. Me solicitaron hablar de la universidad enfocando mi lectura sobre el papel del postgrado y la investigación en la renovación académica. He tenido la suerte de que me antecederan en el uso de la palabra José Mirtenbaum y Gustavo Rodríguez, lo cual me da una cierta ventaja porque el diagnóstico ya ha sido abordado, aunque si leo parcialmente lo que han dicho ellos, me incomoda y digo: “vengo a hablar sobre una institución que no existe, y si existe, es colonial”. Entonces yo, que trabajo en mi universidad, la Universidad Mayor de San Simón, desde hace 23 años, sufro un conflicto de identidad.

Creo que un desafío es pensar las instituciones en general en relación con el contexto, y el contexto está marcado por la existencia de un proceso de transición y reforma estatal, es decir, están cambiando las relaciones entre el Estado, la política, la economía y la sociedad. Obviamente, este proceso interpela a la universidad y, en general, a

todas las instituciones, y más aun a las instituciones públicas, sobre todo por los contenidos presentes en los discursos de transformación que se impulsan desde el gobierno. Entonces, se trata de pensar la universidad en un proceso de transición y reforma estatal o, como dice el discurso oficialista, en el marco de una “revolución democrática y cultural”. Y si digo transición y reforma estatal, estoy hablando de un proceso inacabado, es decir, no sabemos cuál será su derrotero y, por lo tanto, el futuro está abierto. Considero que no hay que partir del supuesto de que ha concluido la transición porque seguimos en la fase de crisis estatal, y mientras no se resuelva con otro ordenamiento estatal, seguiremos en transición. Y puede darse una resolución de la crisis estatal tanto en sentido progresista como en sentido reaccionario, dependiendo de los contornos que asuma la reforma del Estado.

Si ese es el contexto, hay preguntas clave que tiene que hacerse la universidad como centro de producción intelectual o de formación de recursos humanos: ¿cuáles son las necesidades de producción de conocimiento relevantes, socialmente relevantes?, ¿qué desafíos teórico-metodológicos plantea esta transición, puesto que están cambiando los principios articulatorios en la economía, en la política, etc.? Y, finalmente, ¿cuál sería el marco institucional —pensando en la universidad como un espacio para la investigación— más apropiado para que los resultados de esa actividad intelectual tengan capacidad de respuesta a los desafíos teórico-metodológicos y para que sus productos sean socialmente relevantes y útiles para esto que estamos viviendo, que es el empoderamiento estatal, el retorno del protagonismo estatal?

Antes de intentar responder a estas preguntas, partiré de una consideración básica que tiene que ver con este proceso de transición: existe una necesidad de continuidad institucional o, en todo caso, un aspecto deficitario del funcionamiento del Estado es la falta de continuidad institucional. Esa idea la extendería inclusive más: creo que hay que tener una mirada de continuidad histórica, es decir, hay que concebir la transición y la reforma estatal en curso precisamente como un proceso y no como ruptura. Hay que pensarlas como profundización del nacionalismo revolucionario y profundización de la democracia representativa y no como su negación.

En relación con la profundización del nacionalismo revolucionario, se podrá discutir acerca de qué elementos se recuperan, se rearticulan, se mantienen o si se les otorga otro sentido. Lo mismo sucede con la democracia: se pueden pensar muchas cosas, pero esos son los referentes básicos. Se pueden cambiar los sentidos del nacionalismo revolucionario y de la democracia, depende a qué principios discursivos estén articulados; empero, insisto en que no hay negación de esos elementos. No tendría que haber negación sino profundización, porque hoy en día no existen metadisursos más eficaces que el nacionalismo y la democracia para pensar la labor y el papel de la universidad pública, puesto que tiene como referentes básicos al Estado y la sociedad. Pero, sin duda, también la idea de nación como comunidad política, como espacio de construcción de ciudadanía, es otro referente ineludible.

En esa medida, la universidad tiene relación directa con esos imaginarios colectivos. A fin de cuentas, la independencia y la creación de la República en el siglo XIX tienen mucho que ver con la historia de la universidad. Ésta jugó un papel fundamental, pese a que nunca fue un brazo operativo del Estado sino una institución paraestatal, de las más contestatarias. Nunca estuvo fusionada al Estado, pero tampoco estuvo articulada a la sociedad, y este es un problema central, un doble dilema que viven, han vivido y seguirán viviendo las universidades.

Así, intentaré reflexionar sobre el papel de la universidad y los desafíos que le plantea la sociedad en el marco de la reforma del Estado a partir de los que considero los tres clivajes o contradicciones principales, los tres elementos de reforma más fuertes, más importantes en la actualidad: el clivaje Estado-mercado, el clivaje regional y el clivaje étnico.

En el primer caso, las cosas están absolutamente claras: después de dos décadas se ha resuelto el clivaje Estado-mercado con una búsqueda de retorno al papel protagónico del Estado a través de políticas públicas bajo una óptica de nacionalización, lo que implica volver a los antiguos objetivos de la universidad pública, claramente propiciados por el nacionalismo revolucionario antes y después de la Revolución del 52. Y es que la política de nacionalización que implica la refundación de las empresas públicas, el fortalecimiento del Estado y el papel protagónico

del Estado en la economía involucra investigación y formación de recursos humanos para el Estado y con el Estado, e involucra automáticamente marcar una vez más el tradicional papel a la universidad. Ese papel tradicional exigido pero no cumplido por esa historia de enemistad entre el Estado y la universidad, aunque creo que actualmente se dan condiciones para que exista más bien una cierta sintonía. Porque, como Gustavo Rodríguez señaló, el neoliberalismo no entró en la universidad, aunque tal vez sí un poco en el postgrado, tema sobre el que volveremos más adelante.

De modo que la universidad se quedó ahí, como congelada, pero como el entorno se ha modificado, vienen nuevas exigencias, aunque para plantear, insisto, los objetivos de siempre, con una novedad obvia que la diferencia de aquella de los años sesenta, cuando se organizaba los foros en que participaban Sergio Almaraz, Marcelo Quiroga Santa Cruz, René Zavaleta, y esgrimían un nacionalismo endógeno, endogenista.

Hoy es preciso pensar el nacionalismo en un contexto de globalización, y esto plantea otro tipo de desafíos, pero insisto en que las ideas básicas son similares. Basta escuchar a los voceros gubernamentales o a las autoridades estatales con ideas convencionales acerca de la industrialización, lo que nos remite otra vez a los objetivos convencionales del nacionalismo revolucionario y que plantean claramente requerimientos de investigación y de formación de recursos humanos para el Estado, tareas que corresponden a la universidad pública.

Este elemento se articula tensamente con los otros dos clivajes. Digo tensamente porque a esta tendencia hacia el fortalecimiento del Estado mediante las políticas de nacionalización se suma, para empezar, el clivaje regional que emergió hace unos años como una demanda de descentralización a través de las autonomías departamentales. Es decir que, por un lado, existe una tendencia a fortalecer el centralismo estatal, y por otro, hay una tendencia a descentralizarlo a través de gobiernos departamentales. No voy a entrar a valorar la pertinencia de los diseños de autonomía departamental; sólo me baso en el resultado del referéndum y la incorporación en este nivel de gobierno en la nueva Constitución Política.

Pero en esa lógica de descentralización aparecen igualmente tareas claras para la universidad, puesto que la relación con el Estado será, si se quiere, más cercana porque se tendrá otro tipo de presencia estatal a nivel subnacional y, por lo tanto, será más fácil establecer relaciones entre las demandas del entorno regional y la oferta de formación universitaria. Esto puede llevar a racionalizar muy fácilmente el uso de la infraestructura investigativa y de la propia disponibilidad de recursos humanos. Creo que por esa vía la universidad puede estar más cerca del Estado y, además, prefigurar nítidamente la necesidad de producir conocimiento socialmente relevante, pero con mirada local, regional.

Ahí está la ecología de saberes, pero hay que ver qué saberes están en juego en cada nicho y cómo se da la articulación entre ellos. En todo caso, creo que la descentralización del Estado y la conformación de instituciones estatales con capacidad decisoria en el ámbito departamental pueden crear condiciones más favorables para la labor investigativa de la universidad, sobre todo a nivel de postgrado.

Actualmente la UMSS tiene una sede en el Valle Alto de Cochabamba, pensada más en términos de desconcentración, para facilitar el acceso o el ingreso de los estudiantes, lo que no es negativo porque existe otro rol de la universidad, positivo por inercia, y es el hecho de funcionar como una especie de ruta de movilidad social a través de la formación educativa. En estos días la UMSS llegó a tener más de 50 mil estudiantes, y la mayoría son bachilleres de las provincias.

Esto está ligado con el tercer clivaje —de carácter étnico-cultural— que plantea otro tipo de desafíos a la universidad. A las demandas de descentralización o desconcentración intraregional de la universidad pública, se suman demandas de creación de universidades indígenas, que responden a una lectura basada en otro de los metadisursos fuertes existentes en el país, porque este tiempo también tiene un sello étnico. Es decir, si hay nacionalismo en ciertas políticas públicas, existe un indigenismo de corte multiculturalista en otras propuestas gubernamentales, sobre todo cuando se adopta la propuesta de Estado plurinacional en la Constitución Política, como un proyecto que responde a una visión particularista de sello étnico y en la cual se asienta la propuesta de creación de universidades indígenas.

Al respecto, pienso que es preciso valorar el papel que cumple la universidad también desde otra perspectiva —mencionada por José Mirtenbaum—: la universidad pública como un espacio de interculturalidad, y no solamente hablando de identidades étnicas, sino de la diversidad identitaria en general. En esta y en cualquier sociedad, la universidad pública es un espacio de interculturalidad y, en ese sentido, habría más bien que mantener, extender, ampliar y fortalecer este papel, en vez de segmentarlo, fragmentarlo y escindirlo a partir de criterios identitarios particulares.

Posiblemente sea un enorme desafío para la universidad —en términos de investigación— mirarse como espacio de interculturalidad. No conocemos estudios, o por lo menos yo no los conozco, acerca de la composición de la población estudiantil y de las relaciones, las interacciones que se dan dentro de ella; tampoco existe un diagnóstico en términos de matrícula, de inserción, etc. Hablo de la universidad pública como un espacio de convivencia, y creo que su mera existencia como el espacio más democrático es un aporte a la sociedad, comparándola con cualquier otro ámbito institucional. Estoy hablando, repito, de las interacciones sociales que promueve, a lo que hay que sumar el impulso a códigos de convivencia bajo la lógica ciudadana, porque justamente ese es el resultado: jóvenes que se ven como iguales. Por lo tanto, existe un componente que puede impulsar una visión de pertenencia a una comunidad política, esto es, a la clásica idea de nación cívica.

En suma, la universidad pública está frente a estos tres clivajes y sus procesos de cambio, que tienen sus propios actores y que están en una relación de tensión—el gobierno central con políticas de nacionalización y fortalecimiento del Estado, los gobiernos departamentales con demandas de desarrollo en términos regionales y de articulación de lo provincial a las dinámicas de las capitales, y los pueblos indígenas con sus demandas específicas—. ¿Qué puede hacer la universidad frente a esto? Supongo que tiene que hacer un diagnóstico adecuado y, a partir de él, pensar también en que cumpla una suerte de labor de integración suprarregional.

¿Qué tiene que hacer la universidad? ¡Renovación académica en relación con esta realidad! Porque de ahí provienen los objetos de estudio de la universidad, y si no tengo una nueva mirada sobre esa realidad,

¿de dónde salen estos objetos de estudio? Ahora bien, uno sería más pretencioso si pide no solamente renovación académica, sino que la universidad propicie la reforma intelectual y moral, que es el ideal que planteamos como tarea universitaria. Y podríamos pensar en renovación académica impulsando la reforma intelectual. Perfecto. ¿Qué ha ocurrido en este campo o qué desafíos están planteándose?

Sabemos que en la formación de postgrado estamos frente a un entorno negativo porque se ha mercantilizado la formación, y no solamente por la presencia de universidades privadas sino porque, en muchos casos, el postgrado de la universidad pública funciona bajo una lógica privada, mercantil. Además, hay que sumar unas indecorosas alianzas entre consultoras y universidades públicas que hacen una competencia desleal: ¿cómo se puede competir si alguien ofrece un postgrado que cuesta 1.500 dólares, dura dos años, ofrece clases los sábados todo el día, no exige tesis y otorga a la culminación de sus estudios cuatro títulos, dos de diplomado y dos de maestría? Resulta baratísimo organizar eso, y la mayoría de la gente busca posicionarse de mejor manera en el mercado profesional, para lo que necesita un cartón y se acabó.

Entonces, ¿adónde tiene que apuntar nuestro interés? Pues bien, a ese escaso porcentaje restante, a la gente con vocación por la docencia y la investigación. En la universidad pública esa labor la realizamos en el CIDES y en el CESU² porque hacemos oferta académica en función de lo que consideramos necesidades del Estado y de la sociedad. Es cierto que nos cuesta un montón hacer funcionar esos programas, pero en eso estamos.

Esas son las dos caras de la realidad universitaria en el postgrado, lo que me lleva a la relativización porque no creo que existan instituciones eficaces o instituciones deficitarias, así en general, y menos en la universidad pública. Lo que tenemos son nichos, institutos, centros, programas o redes que funcionan bien, así como espacios universitarios que son un verdadero desastre. Existen espacios y ámbitos donde las cosas funcionan bien; hay programas exitosos en varias universidades. Esos son

2. Postgrados de la Universidad Mayor de San Andrés, de La Paz, y de la Universidad Mayor de San Simón, de Cochabamba, respectivamente. Nota de edición.

los espacios que debemos auscultar y potenciar, y luego conectarlos con universidades de la región latinoamericana y con otras universidades del exterior que están en la globalización alternativa, no en la neoliberal.

Cuando hay calidad de equipo y existen objetivos claros en un centro, en un nicho, en una red de investigadores, la negociación con la cooperación internacional no es de subordinación porque la cooperación internacional define líneas de trabajo sólo cuando la contraparte no tiene calidad. Entonces, en esos nichos y en esas redes se puede encontrar las pistas, no sé si para la reforma universitaria, pero sí para cumplir los objetivos elementales de la universidad. Porque no puedo suponer que primero tiene que darse la reforma institucional para pensar en que funcionen bien las cosas; pienso que hay que potenciar esos espacios que funcionan, haya o no reforma institucional, salga bien o salga mal la reforma del Estado.

Es decir, la investigación tiene sus propios objetivos, no necesariamente como institución universitaria en general, pero sí como comunidad intelectual, como equipo de investigación, en muchos casos articulando comunidad local e investigación participativa o investigación-acción o cualquier nombre que queramos darle. Y donde sea necesario, debe usarse la lógica cartesiana, occidental, y donde haya que aprender del saber popular, habrá que aprender. Sobre eso ya existen experiencias en las universidades, en las que se ha desarrollado, a mi juicio de manera más compleja y enriquecedora, la labor de investigación en el campo de la historia, la etnología, la antropología, la arqueología.

Aprovecho para contarles una experiencia relacionada con lo que les decía hace un momento, hablando de nichos y redes. Todos ustedes conocen el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia, el PIEB. Si la universidad es paraestatal, podemos decir que el PIEB es parauniversitario, es decir que, aunque no es un programa universitario de una manera pública, la labor del PIEB alimenta y enriquece la tarea de la universidad pública en el ámbito de las ciencias sociales.

Esto lo ha llevado a una labor de colaboración y cooperación con varias instituciones. Por ejemplo, desde hace un par de años, y a partir de ese lazo, ha efectuado con el CESU un trabajo de investigación que dio como resultado la publicación de un libro que contiene el estado del arte de la

investigación social sobre el departamento de Cochabamba, un material que es punto de partida para futuras investigaciones y para cualquier tesis. Esta labor también se está realizando en La Paz y pronto se iniciará en Santa Cruz. Es decir, dentro de unos meses se van a poder juntar 30 ó más investigadores del eje central para discutir los resultados sobre el estado de la investigación en esas regiones. Ahí podremos decir qué es lo que está bien investigado, qué hace falta, qué está mal investigado, hacia dónde dirigimos la investigación. Y si tenemos suerte, si los regionalismos no nos vencen, a lo mejor podemos hacer una comunidad intelectual nacional, que es algo difícil de armar en el país.

Entonces, para concluir, se trata de buscar los nichos y fortalecerlos, de ampliar las redes y fortalecer aquellas existentes. Es la única base para llevar adelante las cosas, y sobre esa base pueden negociar con quien sea con objetivos propios. Entonces, vuelvo a los temas anteriores: al fortalecimiento del Estado, a su nuevo rol en la economía; a la descentralización del Estado, y el nuevo papel del Estado en el ámbito regional.

Estos temas nos están planteando claramente el derrotero para la investigación y para la formación de recursos humanos en función de la gestión pública. Volvemos otra vez a ese tema. La gestión pública descentralizada demandará otro tipo de ingreso al mercado laboral, en que el rol del Estado será importante. Eso le da a la universidad, o por lo menos a algunas carreras o facultades, pautas para definir mínimos criterios de planificación y racionalización. Y pasa lo mismo en términos de investigación porque tenemos otro desafío muy grande: ¿cómo construimos objetos de estudio? Porque vamos a tener un rediseño estatal bajo nuevas normas constitucionales, y eso implica todo un desafío de investigación para pensar cómo se debe aplicar o cómo se debe implementar el conjunto de transformaciones jurídicas e institucionales que provendrán de la Asamblea Constituyente.

Además, podemos pensar en niveles de complejidad de objetos de estudio, porque aparecerá claramente un objeto de estudio regional, otro local, otro nacional, y las posibilidades de pensar en su articulación interna y su vinculación con los globales. Y esto nos lleva a una conclusión obvia: a la necesidad de la investigación inter y multidisciplinaria. No

es cuestión de que la universidad se proponga hacer investigación interdisciplinaria y multidisciplinaria porque eso siempre se ha planteado en términos programáticos, y que en la actualidad es de sentido común.

Pensar en una lógica de fortalecimiento del aparato productivo a través de la industrialización es una de las metas centrales en la visión del gobierno, pero esa meta debe ir acompañada de una mirada ambientalista. Pasa lo mismo con la descentralización, que exige combinar lo económico, lo social y lo institucional, y con la interculturalidad como diálogo de ecología de saberes. En suma, la complejidad del objeto de estudio exige también que se haga más complejo el quehacer investigativo. Ese es nuestro desafío como investigadores, independientemente de los avatares institucionales de la universidad pública.

Cecilia Salazar

Quiero comenzar señalando que esta reflexión recoge dos aspectos problemáticos. En primer lugar, la universidad ha perdido legitimidad en el campo de las mediaciones Estado-sociedad, al punto de que parece que la transformación social ya no requiere de la fuerza catalizadora de una institución como ésta. Habrá que decir, sin embargo, que este hecho, esta parálisis de la universidad, está asociado a la parálisis de las mediaciones entre Estado y sociedad en todos sus niveles. En nuestro caso ésta está relacionada con el rol que tiene la universidad en la interpretación de la realidad nacional.

El segundo aspecto problemático o la segunda línea de reflexión es que, como se ha señalado reiteradamente, la universidad no reflexiona sobre sí misma, es decir, no ha generado un campo autorreflexivo sobre la problemática que acabo de señalar, por ejemplo.

Ahora bien, si asociamos ambos aspectos, tenemos como resultado un panorama por lo menos desalentador, porque la universidad, al haber perdido su lugar en el campo de la interpretación, ha perdido su identidad. En segundo lugar, tratándose de una institución que da el sentido general de comunidad, en este caso a la nación boliviana, tenemos que atribuirle a su ausencia por lo menor parte de las responsabilidades que hacen a la fragmentación social, política y cultural del país.

Esto es grave porque toda sociedad moderna deposita sus formas de fe y de certidumbre en sus instituciones, entre otras, en las que generan conocimiento, y si estas instituciones están puestas en duda, la certidumbre de la sociedad queda en vilo. Esto adquiere mayor relevancia cuando, en consideración a lo que señalaba Zavaleta, una sociedad que es incapaz de volcarse sobre sí misma es decir, incapaz de autoconocerse, limita sus potencialidades emancipatorias.

Eso adquiere otra significación colateral si estamos de acuerdo, además, en que las mediaciones entre Estado y sociedad se configuran, en el fondo, en aras de la construcción de sentimientos de pertenencia común. Esto, en el caso de la universidad, no puede tener como un objetivo puro y simple la formación de funcionarios, sino de algo más significativo aun desde mi punto de vista: la formación de ciudadanos o, para decirlo de un modo más cabal, la formación de profesionales con personalidad o carácter nacional. Lo que se pretende es tener expertos conscientes del rol que juegan como intérpretes de la relación Estado-sociedad en los campos de especialización que le son particulares.

¿Cuál es el saldo hasta ahora, entonces? Primero, que la universidad ha cedido su rol como intérprete de la emancipación y de la formación del carácter nacional a otros actores. En esa dirección es un actor más, no el central, en el campo de la argumentación y la interpretación. Eso quiere decir, en buenas cuentas, que el conocimiento científico y académico que emana de ella debe competir además en condiciones desiguales con otras fuentes de conocimiento e interpretación. Esas fuentes son —por el acontecer político y social que le es inherente a este contexto— de carácter privado, considerando que conocer desde lo privado está acompañado también de estrictos fines privados.

Ahora bien, ¿este es un proceso únicamente atribuible a la universidad? Sin ánimo de alivianar nuestra responsabilidad, aquí debemos decir que en el fondo de este proceso está el propio desmoronamiento del Estado en el marco de la economía de mercado. En ese sentido, si las mediaciones han entrado en crisis, lo han hecho porque el Estado ha dejado de ser lo que era, lo mismo que la sociedad.

Quisiera destacar aquí un solo punto: intentando comprender el proceso de los últimos años, desde la intersección entre economía y

sociología, considero que deberíamos caracterizar al neoliberalismo como un proceso de desintegración económica con consecuencias en la identidad individual y colectiva de los pobladores, es decir, con consecuencias directas en el sentido de la bolivianidad.

En lo que nos compete, esta desintegración ha tenido un efecto devastador en la segmentación del consumo cultural, entendiendo a la cultura como un recurso más de la desigualdad capitalista, es decir, poniendo de un lado de la polarización a sujetos con una extraordinaria capacidad para la manipulación de los signos, a partir de su acceso al libro y a los recursos de la telemática y, del otro lado, a sujetos volcados a la manipulación de la materia en el marco de su cada vez más agravada escasez para garantizar su subsistencia. Para decirlo de otro modo, para unos el conocimiento científico, para otros el conocimiento natural, para unos el trabajo intelectual, para otros el trabajo manual. Esta desigualdad en el contexto actual está exacerbada más que nunca, lo que resulta terrible si lo asociamos a lo frecuentemente ajenos entre la teoría y la práctica que suelen resultar los procesos de abstracción distantes respecto a las prácticas de la subsistencia. Como decía alguien esta mañana: entre los que dicen la verdad y quienes la escuchan.

Pasando a la segunda línea de reflexión, está claro que la universidad no es objeto de sí misma. No se interpreta, es decir no solamente no interpreta la relación Estado-sociedad, sino que no se interpreta a sí misma. Por lo tanto, ha trasladado la interpretación de su mismidad a otros actores, generalmente privados. En ese marco lo que se ha producido en los últimos años acerca de la universidad proviene de entornos extrauniversitarios, sobre la base de un paradigma hegemónico que se ha constituido en estos últimos 20 años, que es la modernización.

¿Cuales son los valores de este discurso? Básicamente están asentados en la eficiencia, aspecto con el que podemos coincidir en la medida de los requerimientos que supone una sociedad moderna y en la medida que responda a las necesidades de la realidad nacional, lo que sin embargo no siempre es así. Me explico: el modelo hegemónico discursivo del neoliberalismo, amparado en la modernización y la eficiencia, le ha exigido a la universidad adaptarse al mismo, pero en una situación de desintegración social, económica y cultural nacional.

Sin poner en duda el concepto de la eficiencia, sino el contexto en el que se lo plantea, el discurso de la modernización ha tendido, por esa ruta, a envilecerse, en el sentido de que su orientación se produjo fuera de las necesidades de la realidad nacional, fuera de las demandas de una sociedad despojada, es decir hacia valores externos—de la globalización—que han puesto en entredicho, por ejemplo, las políticas o los intentos de acreditación universitaria, más en función de valores extranacionales que nacionales. Este aspecto, como diría Gustavo Rodríguez, ha puesto sobre el tapete una identidad esquizofrénica en la universidad, que desde entonces está sujeta más a valores y a actores heterónomos que a demandas locales.

En ese marco, la universidad ha quedado aislada o se ha forjado en los últimos años como una isla que ha intentado contener en su seno valores que no podemos desestimar, pero que —al quedar instalados en un contexto de exclusión y de desnacionalización de la sociedad boliviana— han tendido a envilecerse.

Para concluir, tenemos entonces una falta de autorreflexividad en el seno de la universidad le ha quitado su carácter nacional, del mismo modo que ha envilecido lo que en algún tiempo fueron sus virtudes. Asimismo, en aras de mantener su legitimidad, ha creado dentro de la universidad un discurso de legitimación que apela más al pasado, sin ubicarse en un contexto actual. De ahí que lo que tenemos dentro de la universidad sea no una autonomía sino una autonomía dependiente; no una acción política sino intereses privados en nombre de la política; no una revolución universitaria sino atrincheramiento de intereses conservadores en el seno de sus diferentes estamentos.

Quizás lo más crítico que pueda señalarse en este contexto puede recogerse de las ideas expuestas por Gustavo Rodríguez y otros, que señalan que en gran parte de la estructura de las universidades prevalece la apelación a las virtudes sociales, contrahegemónicas y anticapitalistas, asociadas sin embargo a la emulación de lo que estos autores denominan burocracia del saber, a partir de lo cual se reproduciría una especie de simulación en torno a los beneficios que la universidad genera en su relación con la sociedad, encubriendo lo que no sería sino insustantividad. Eso se resume en la idea de la

autonomía dependiente —la “trampa feliz” dicen ellos— en que se halla la universidad, la que le permite construir su mundo autorreferencial y entrópico, sin desenmascarar completamente la verdad de su retórica. Sin embargo, como estos autores también señalan, y como también se ha dicho acá, no debemos olvidar que a la universidad le corresponde un Estado y a éste una universidad, lo que se resume en la frase de: “a tal Estado, tal universidad”.

En ese marco, como decía Fernando Mayorga, quiero destacar, sin embargo, en un contexto de tanta negatividad, algunas virtudes que le han sido propias a la universidad, aun en este escenario de despojo general. Y quiero hacerlo señalando sobre todo a la Universidad Mayor de San Andrés, que es la que personalmente me interpela. La UMSA aparece permanentemente como la universidad que no ha podido, en el contexto de la modernización, salir de sus arraigos que han encubierto, a pesar de su discurso revolucionario, posturas marcadamente conservadoras.

Ese es un rasgo que se señala como propio de la UMSA, en contraste con los procesos que habría logrado por ejemplo la universidad de Santa Cruz, que ha tendido a abrirse con mayor amplitud a las esferas productivas regionales, o la de Cochabamba, donde, al calor de los efectos de la modernización, se habría producido una dinámica de gestión más cabal a las necesidades de la formación académica, o lo que estaría pasando en la universidad de Tarija, abierta también a desafíos que tienen que ver con un mundo externo global. A diferencia de ellas, la UMSA aparece como la universidad que se ha masificado sin consecuencias positivas, politizada pero al mismo tiempo conservadora.

En respuesta a ello, yo quiero dejar señalado que, si bien todo esto puede ser cierto, hay algo que le permite a la UMSA destacarse en el contexto de las universidades bolivianas, y es que es en su seno ha cuajado o ha florecido una intelectualidad de origen aymara que, de alguna manera, ha permitido contribuir a la extensión del sentido de bolivianidad que se había comenzado a desmoronar con el neoliberalismo.

En ese marco quisiera situar la emergencia del pensamiento y de la intelectualidad aymara, no tanto en apelación a los paradigmas que puede traer consigo y que pueden discutirse desde diferentes posturas ideológicas, sino como un hecho sociológico que está dando

cuenta justamente de lo que decía Fernando Mayorga: la capacidad democratizadora de la universidad, pero también de la sociedad boliviana. En ese sentido entiendo que la bolivianidad, a pesar de estos procesos devastadores de desintegración nacional, ha logrado extenderse horizontalmente a través de la democratización, pero también ha logrado profundizarse verticalmente gracias a los procesos que ha traído consigo la intelectualidad aymara en función de un conocimiento rico que ha complejizado y está complejizado nuestro sentido de bolivianidad.

Eso es atribuible justamente a la capacidad de democratización de la sociedad boliviana, que está acogiendo en su seno elementos, sujetos y actores que no había acogido hasta hace algunos años. Lo que quiere decir que la bolivianidad se ha ensanchado y, en términos cognitivos, se ha profundizado.

En ese marco, sin embargo, y tratándolo más como un hecho sociológico, quisiera dejar señalado, para terminar, que la bolivianidad es un proceso en construcción. La bolivianidad no está dada, está dándose; no se ha producido, está produciéndose. Por lo tanto, la bolivianidad no está encarnada en un sujeto, está en disputa, y el concepto que vayamos a lograr en el transcurso de los próximos años va depender del sentido que le den las fuerzas en concurrencia. A ese respecto creo que una de las funciones vitales, uno de los desafíos vitales de la universidad pública, es contribuir al debate sobre la bolivianidad, pensando sobre todo que si la universidad pública quiere darle una respuesta transformadora al proceso desintegrador del neoliberalismo, tiene que hacerlo en función de los valores de la bolivianidad.

Lo paradójico en este contexto es que este proceso no está enmarcado en la caracterización de la bolivianidad señorial sino en otra forma de bolivianidad que, al calor de los procesos que estamos viviendo, está siendo conducida de la mano de un presidente indígena. Es en ese contexto en el que la universidad tiene que jugar un papel fundamental pensando, reitero, que la universidad pública no puede limitarse a la formación de funcionarios, sino que está orientada también a la formación de sujetos con carácter, con personalidad nacional volcados en su responsabilidad hacia los quehaceres que demanda una sociedad en transformación.

Debate

Pregunta

A esta reflexión se debe sumar el término ‘descolonización’, y no hay que asustarse porque lo diga el gobierno sino porque parece que este término realmente está destapando todas las estructuras de la universidad boliviana, particularmente en el ámbito de la investigación, que muchos de los panelistas han enfatizado. En este contexto, quisiera preguntarles a los expositores cómo debería actuar la universidad frente a la descolonización como demanda de sectores indígenas populares que tienden a interpelar al Estado, frente a las interpretaciones de descolonización que, reitero, se refieren a la estructuración de categorías mentales o tácticas de investigación coloniales que están profundamente arraigadas en todas las estructuras de la universidad y prácticamente en la idea de conocimiento, de investigación, en esa idea cartesiana del sujeto-objeto que en algún momento se ha valorado como, inclusive, algo inevitable, pero que reproduce esa lógica cartesiana sujeto-objeto en la idea de descolonización. Esa es mi pregunta.

Pregunta

Mi pregunta va dirigida especialmente a Fernando Mayorga. Él decía que la universidad se ha convertido en un espacio de interculturalidad. Sin embargo, hay que mirar más profundo, especialmente en lo que respecta al acceso a la educación superior, qué es lo que ha pasado con la Universidad Pública de El Alto y con la Universidad Mayor de San Andrés. ¿Es realmente un espacio intercultural o es una forma más de exclusión de sectores “indígenas”? Debíamos hacer una lectura más profunda de lo que está pasando en nuestra sociedad, ya que ustedes han dicho que la universidad es un reflejo del estado de salud de la sociedad.

Otra pregunta: cuando decían que las grandes multinacionales están apoyando sin ningún interés, no me parece muy justo hablar de desinterés. ¿No debíamos pedir, más bien, que ellos paguen impuestos justos para que las universidades puedan desarrollar una investigación que pueda permitir la transformación de la sociedad? No deberíamos permitir que se siga beneficiando a las grandes transnacionales con

los impuestos. ¿No debía esa ser una investigación dirigida a que las universidades logren más autonomía y orienten sus investigaciones a profundizar y mejorar el bienestar de la sociedad?

Pregunta

Me he quedado confundido cuando han planteado que el neoliberalismo no había actuado en la universidad porque la universidad no suele ser tan poderosa como para evitar ese tipo de presencia. En España, durante el franquismo, aunque hubo sectores críticos, claro que el franquismo entró en la universidad. Entonces quería preguntar si realmente el neoliberalismo hizo o no un espacio dentro de la universidad.

Cecilia Salazar

Quisiera responder muy brevemente al compañero sobre el concepto de descolonización. En mi perspectiva, la vía de descolonización es la modernidad. Afirmo eso, además, desde mi posición de mujer: las mujeres nos descolonizamos en la medida en que nos atribuimos los valores de la modernidad.

Respecto a la segunda pregunta, en alusión estricta a la UMSA, que es la universidad a la que se interpela: sin lugar a dudas los valores de la modernización han penetrado en sus conceptos, en sus programas, en sus modalidades, etc., lo que no quiere decir que en sí mismos estos valores sean malos. Lo que cuestiono es el contexto en el que se dan y que, por lo tanto, termina desvirtuándolos. La eficiencia, por lo tanto, no es mala, sólo lo es cuando enmascara la desnacionalización de la universidad y se pone al servicio de una legitimación externa que no tiene nada que ver con nuestra realidad, por ejemplo a través de la acreditación, que ha sido tomada más de valores de afuera que de valores propios.

Fernando Mayorga

Voy a ser breve, y gracias por las preguntas. Tienen razón en esto de evaluar mejor para llegar a ver si es cierto que la universidad es un espacio de interculturalidad. Yo no he dicho que hay que investigar esa faceta del

rol de la universidad que, obviamente, será distinta en El Alto, en Santa Cruz, en Tarija y en Cochabamba. Simplemente me parecía que sería importante estudiar el papel de la universidad en esa dimensión para, justamente, llegar a conclusiones. En ese sentido, lo planteo como una pista, y no creo que sea equívoca.

Respecto a las transnacionales, claro que tienen intereses, como también los tenemos todos. Lo que planteo es que se puede negociar sin subordinarse. Interesa que de los 20 estudiantes que se formen, algunos entren después a Yacimientos (Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos) y le ganen la pulseta a Petrobrás. Ponía como ejemplo la articulación de redes y la relación necesaria de negociación a partir de sus propias fortalezas, y por eso estábamos hablando de Petrobrás, para que quede claro.

Respecto a la descolonización, me adscribo totalmente a lo que dice Cecilia: “nosotras las mujeres nos descolonizamos en la modernidad”. Gracias.

Tercera parte

Guillermo Mariaca

Por la mañana hemos recibido el diagnóstico de la universidad y algunos avances de lo que podría ser la universidad en este nuevo siglo, que, reitero, no conocemos en absoluto. Comparto varias de las observaciones de esta mañana, pero he notado cierto mecanicismo, he notado cierto absolutismo, por ejemplo, en la afirmación de que el Estado y la universidad son reflejos el uno del otro, y he notado cierto pragmatismo en eso de que la universidad es lo que tenemos y hay que trabajar con ella.

El tema de esta mesa es radicalmente distinto porque nos está desafiando a pensar la universidad en un nuevo mundo que, reitero, no conocemos en absoluto. Deberíamos entonces partir de señalar que la universidad era una reserva democrática de la nación, una escuela de ejercicio de derechos. Por lo tanto la degradación de la universidad se sintetiza en dos caídas, en ambos aspectos: esa caída del cogobierno epistemológico (como cogobierno democrático, y aquí no me refiero a los

estudiantes, me refiero a toda la universidad), al cogobierno burocrático que efectivamente ha gestionado la universidad en estos 25 últimos años; una segunda degradación es pasar de ser el germen de partidos y fuente de democracia, al autismo institucional. La universidad actual no ve más allá de sus narices.

Un tercer apunte es que la universidad habría producido bolivianidad o nación. Creo que en términos sociológicos, tanto por democratización de elites como por acceso y por expansión, hoy hay 50% de mujeres en la universidad, y un altísimo porcentaje, que supera largamente al 50%, proviene de estratos populares. La universidad sí ha producido bolivianidad en términos sociológicos, pero creo que de ninguna manera ha producido bolivianidad en términos cognitivos, de conocimiento de Bolivia; la universidad no ha producido conocimiento nacional. Por esa razón yo diría que la universidad no es universidad.

Hoy, sin embargo, no voy a hablar de la degradación universitaria. Quiero ver, más bien, un nuevo mundo, y el lugar y las características de la universidad en ese nuevo contexto. Porque en una nueva oportunidad fundacional como ésta deberíamos reinventarnos no para profetizar el futuro, sino para diseñar lo que yo quisiera llamar “una teoría general de la libertad” que sea nuestra bandera, nuestra brújula, nuestra actitud, nuestros valores, nuestra fuerza; una brújula que nos indique adónde tenemos que ir y que nos dé fuerza para avanzar. Por lo tanto, si queremos que este nuevo mundo tenga esa pasión utópica, tenemos que diseñarlo desde lo mejor que tenemos, no desde nuestras derrotas, no desde nuestras vergüenzas, no desde nuestra impotencia, no desde la condición colonial, sino a pesar y por encima de ello.

¿Cuál es este nuevo mundo que, en el tono de los cronistas de la conquista temprana, era el mundo salvaje? Con ese tono, yo diría que el nuevo mundo es un mundo de democracia libertaria y es un mundo intercultural. Eso es lo que quiero compartir hoy. ¿Qué pienso con democracia libertaria? Pienso en algo que va mucho más allá de lo que es el pensamiento postcolonial que se ha planteado. Hagamos una urgentísima definición del diccionario porque hay muchos manejos del concepto postcolonial, como simplemente el concepto descriptivo de aquel momento de las independencias republicanas. No estoy hablando

de eso, sino de la reflexión sobre la condición colonial y las lecciones que da esa reflexión colonial. Aprendamos para no repetirlo.

En relación con la democracia libertaria, diría que es más que postcolonialidad, porque si la postcolonialidad es la reflexión política e intelectual sobre cómo debemos ir descolonizando, la democracia libertaria en cambio plantea de partida el ejercicio pleno de todos los derechos a través de la repolitización, a través de convertirnos todos en gente que piense y viva en bien común, no para separarnos, no para romper, sino para que toda forma colonial sea inimaginable.

La segunda característica del nuevo mundo sería la interculturalidad. Obviamente, una interculturalidad más allá del mero reconocimiento multicultural, pero también más allá de una definición que, a estas alturas, yo consideraría liviana, es decir, una interculturalidad como traducción entre proyectos civilizatorios, como puente, como red, como traductor universal. No estaría pensando en interculturalidad en esos términos. Aunque es inevitable y es necesario que un mundo intercultural tenga estos mecanismos de traducción entre proyectos civilizatorios, esa no es su característica fundamental.

La característica fundamental es que en ese mundo intercultural haya un desarrollo sostenible de las diferencias, todas las identidades tendrían la oportunidad de desarrollarse sosteniblemente hacia delante: esa sería la característica de un mundo intercultural. Biodiversidad e interculturalidad: de esta manera vamos a trabajar con una política de identidades para que la traducción civilizatoria, la traducción de lenguajes, sea innecesaria, porque todos vamos a ser interculturales, todos vamos a ser anfibios y porque las identidades van a estar autodeterminadas.

Yo no voy a ser proletario porque sea obrero, voy a ser proletario porque se me da la gana, porque me voy a identificar con ese mundo. No voy a no ser mujer porque no haya nacido biológicamente mujer; voy a ser mujer porque me da la gana, porque voy a querer el matriarcado. Sé que estoy llevando las cosas a un extremo, sé que hay condiciones necesarias, pero una política de las identidades trabaja las condiciones necesarias no como irrelevantes, sino simplemente como necesarias, como que están ahí, pero como una condición de la cual todos nosotros nos podemos liberar.

Uno, entonces, es el nuevo mundo. Dos, ¿cómo se lo diseña?, ¿desde dónde se lo diseña? Creo que a este nuevo mundo no se lo puede diseñar desde la sociología, desde la política, desde la antropología, desde las ciencias sociales, porque son disciplinas dependientes de lo realmente existente. El nuevo mundo, yo creo, se lo puede diseñar desde la adicción, que es el espacio de la intención de cosas imposibles, es la práctica que inventa cosas imposibles y también es el nuevo mundo que se puede diseñar desde el carnaval. Si se trata de hablar de nosotros, ¿qué es lo mejor que tenemos, lo más libertario y lo más intercultural? Sin duda, al menos para mí, el carnaval. No la Federación de Mineros, no las gloriosas revueltas de octubre, que las revueltas, las reformas no son invenciones de un nuevo mundo. El único lugar, el único espacio que podemos atisbar del nuevo mundo es en la diablada, el *tinku*, en algunas cositas de la iglesia de San Francisco, en la poesía de Jaime Sáenz.

Pero yo no veo un nuevo mundo en este preciso momento. Lo que veo es una crítica profunda a un mundo que tenemos, pero no un nuevo mundo. La ficción, entonces, es una historia sin fin y por esto va mucho más allá de Hegel y de todos sus seguidores. Eso de que la historia no termine, esa capacidad creativa perpetua que tiene como institucionalidad la ficción, que es la invención no sólo de nuevos mundos imposibles sino de mundos mejores.

Y aquí un pequeño detalle: el experimentalismo no es bueno por sí mismo sino por la potencia ética y estética de sus productos: éstos son los interesantes, no los otros. Entonces creo que el experimentalismo tiene varios déficit éticos y políticos, y hago este paréntesis porque en la charla que Boaventura dio ayer puso mucho énfasis en esto. Creo que para nosotros, por lo tanto, este momento debería ser eminentemente ficcional, porque no sólo nos deberíamos emancipar de nuestras cadenas, lo cual ya está bien, sino más bien de la posibilidad de la imaginación. Tenemos que ser capaces algún momento de imaginar nuestro mundo en el que la cadena sea inimaginable, inconcebible, que no podamos producirla.

¿Dónde vamos a construir nosotros este nuevo mundo? Yo diría que hay un campo ficcional extraordinario que hemos producido y ese es, reitero, el carnaval, aprender del carnaval, de esa política carnavalera que el propio carnaval ha producido.

Pero, además, este nuevo mundo requiere de una actitud especial para ese diseño. Y esa actitud, reitero, no me parece que pueda provenir de disciplinas tan realistas como son la sociología, la política, la tecnología, el derecho, la economía, sino de estas otras disciplinas tan extrañas como son las artísticas. Particularmente, de recuperar algunos ritos, esa potencia de algunas de nuestras fiestas libertarias como el carnaval de Oruro o el Gran Poder. Digamos entonces, para resumir, que la actitud del nuevo mundo tendría que ser ficcional, carnavalera.

Bajaré un poco a cuestiones institucionales. ¿Cómo se come democracia libertaria y cómo se come interculturalidad? Diría que la democracia libertaria no es sólo democracia participativa, es una democracia representativa pero constituida, organizada procedimental y axiológicamente por la democracia participativa. En este sentido, la democracia representativa no se complementa con la participativa sino que se subordina políticamente a la representativa, aunque en la institucionalidad la democracia representativa es la que nos organiza la convivencia.

¿Por qué esta constitución de lo participativo hacia lo representativo? Por el siguiente argumento: porque deberíamos, en el nuevo mundo, transformar las relaciones de poder jerárquicas en relaciones de poder compartidas. Este es un argumento de fondo para mí, por lo menos en esta prelación de lo participativo sobre lo representativo. Y hay dos principios: una decisión compartida entre el Estado y la sociedad; y la articulación del poder como una red sin jerarquías.

No estoy hablando de anarquismo porque esto es un diseño estatal; el Estado, entonces, se articularía con la sociedad a través del poder ciudadano, con sus instituciones y la decisión se compartiría a través del diseño de los valores públicos. ¿Cuáles son, entonces, las instituciones del poder ciudadano? Este cuarto poder estaría compuesto, por ejemplo, por el Defensor del Pueblo, el Defensor del Consumidor, la Contraloría, la Corte Electoral, los fiscales... ¿Por qué? Porque ellos preservan el ejercicio de los derechos. ¿Cuáles son los procedimientos del poder ciudadano? El referéndum, la revocatoria de mandato, la iniciativa legislativa ciudadana, etc. Algunas de estas cosas ya las tenemos, pero las tenemos medidas dentro de la democracia representativa, y la institución fundamental de

una democracia participativa serán los consejos ciudadanos, que son los que diseñan, fiscalizan y evalúan las políticas públicas.

Y un segundo paréntesis en este debate es que yo creo que el Estado debe ser necesariamente plural. Ayer en la noche me ha incomodado una respuesta que podíamos justificar en Cuba o Venezuela, y ahí no hay pluralidad. La idea del partido único es un valor autoritario. Según yo, no hay explicación válida alguna para la idea de un partido único, aunque haya imperio o lo que sea. Partido único no, no sólo porque la pluralidad es fundamental para una de las características del mundo nuevo, que es la interculturalidad, sino porque la pluralidad tiene un valor ético que obliga al debate, que obliga a esta historia sin fin de la libertad, a la expansión permanente de los derechos. Sin pluralidad esto no es posible.

Respecto a la interculturalidad política, ¿cómo se la come?, ¿cómo se convierte esto en instituciones? A través de dos cosas: sistemas de gobierno y sistema de decisiones. Los sistemas de gobierno son múltiples, plurales. Habrá representación, habrá rotación con responsabilidades, habrá democracia directa, asamblea con delegados, tenderemos democracia representativa, una democracia comunal, una democracia directa, una democracia participativa en las instituciones que hemos recorrido. Pero también interculturalidad política es interculturalidad en sistemas de decisión. ¿Quiénes deciden? No sólo representantes responsables, delegados, consejos ciudadanos. Deciden también las visiones del mundo, los proyectos civilizatorios, la subjetividad. ¡No sólo la eficiencia!, ¡no sólo la norma! Y aquí un ejemplo para mostrar cuán complejo es esto: en el norte de La Paz hay un grupo indígena que son los pacahuara. Resulta que los pacahuara son una sociedad de hermanos que socialmente no tienen madres ni padres. Son los árboles los que cumplen esa función. ¿Cómo convivimos con ello el resto de los bolivianos?, ¿cómo le hacemos si no es con una interculturalidad política en la que admitamos que los pacahuara tienen a un árbol como a su padre y madre, y que ahora, obligados por la barbarie de la pobreza, se han convertido en traficantes de árboles, en genocidas de sí mismos? ¿Cómo hacemos esto si no es, reitero, con una interculturalidad de fondo en que haya sistemas de gobierno y sistemas de decisiones enormemente plurales?

Paso entonces a la universidad. Si este nuevo mundo con democracia libertaria y este nuevo mundo intercultural definido así, como desarrollo sostenible de las diferencias interculturales, va a tener una universidad, esa universidad tendrá que ser libertaria e intercultural. Yo diría que la universidad en tanto libertaria tiene dos funciones que cumplir: una, en este momento debería ser un observatorio que apoya el diseño, la fiscalización y la evaluación de las políticas públicas; y dos, aunque suena raro, un tribunal epistemológico constitucional que organiza deliberación social en la universidad. Este tribunal epistemológico institucional es el que diría que los pacahuara, que son una sociedad de hermanos que tienen como padres y madres a sus árboles, tienen el derecho de conocer el mundo a través del bosque. ¿Cómo lo hacen? Problema de los pacahuara; ellos ya se restaurarán, ellos ya se restablecerán, ellos se desarrollarán y, en algún momento, dialogarán con el resto de los bolivianos, digamos para charlar sobre este asunto. Pero para decidir qué se hace en caso de que un pacahaura no quiera que se corte ese árbol, tiene derecho a acudir a ese tribunal epistemológico institucional.

Tres, la universidad incultural. ¿Cuáles serían las instituciones de la universidad intercultural? Primero, la gestión de la restauración de las universidades y el desarrollo de las entidades, con particular énfasis en las entidades débiles. Y aquí sí comparto eso de la discriminación positiva o como se llame, porque muchos de los pueblos indígenas están en verdad casi muertos, y si no se hace un esfuerzo extraordinario para que ellos mismos se restauren, se restablezcan y posteriormente desarrollen sus propios proyectos civilizatorios, vamos a perder demasiado como humanidad. ¿Y quién lo podría hacer? ¡La universidad!

Y una segunda institución de la universidad intercultural sería el tribunal identitario constitucional. Si yo digo: “a mí me da la gana de ser mujer, yo soy mujer” y viene la Corte Suprema y me dice “no, usted no es mujer, usted es hombre”, yo apelaré ante el tribunal identitario constitucional: quiero ser mujer y este es mi derecho. Ese tribunal me dirá “usted tiene el derecho a ejercerlo”. Este tribunal apoya a todos los procesos de autoidentificación.

Termino entonces con la universidad en el nuevo mundo: esta universidad es una escuela de politización, de responsabilidad pública compartida y por lo tanto, obligatoria. Y esta universidad es una escuela de expansión, plural, de derechos, de ética pública y, por lo tanto, también obligatoria. Aquí quiero hacer una pregunta: ¿este gobierno está haciendo posible esto? Yo me respondo que no, que este gobierno no está haciendo posible esto en ningún sentido, por lo menos en el ámbito educativo. Este gobierno ha hecho cuando menos dos cosas que creo que son muy graves, y quizás muy difícilmente revisables. Primero, ha nombrado dos ministros de Educación: uno es Félix Patzi, que está acá y que es un fundamentalista, y el otro es miembro del sindicato de profesores, un ministro que ha dicho que en el Ministerio de Educación sólo pueden trabajar profesores, un ministro que defiende que la educación es propiedad privada del magisterio.

Otra razón: este gobierno no tiene ningún interés en reflexionar y pensar sobre la cuestión educativa. Al haber devuelto al sindicato del magisterio la propiedad del aparato educativo, le ha devuelto la propiedad de las normales, la propiedad de las direcciones departamentales, distritales; ha sacado al Viceministerio de Ciencia y Tecnología y lo ha llevado al Viceministerio de Planificación.

Entonces no sé qué cosa es el asunto educativo que debería ser central en un nuevo mundo libertario e intercultural, en un nuevo mundo que se imagine, se desee a sí mismo utópico, porque es un mundo en el que todos deberíamos ser políticos, en que todos tendríamos que funcionar en el torno al bien común. Ese asunto educativo no existe en este gobierno. Entonces creo que hay una contradicción de fondo entre ese discurso fundacional y esa realidad conservadora.

Cierro esto con una metáfora: conozco a Wilmer Urrelo, que acaba de ganar un premio nacional de novela. Es estudiante de la Carrera de Comunicación de la UMSA, posiblemente la peor carrera que tiene esa universidad, la peor en todos los sentidos: la más prebendal, la más degradada, etc. Pero este Wilmer Urrelo ha estudiado ahí, y recuerdo que hace un par de años estaba discutiendo con los estudiantes de su curso, a los cuales uno de esos raros profesores les había pedido que lean libros. Entonces la respuesta de los estudiantes fue: “¡Cómo pues, cómo vamos

a leer libros!” Y el profesor les dijo: “¿Cómo? ¡Tienen que leer!” “No, somos pobres no podemos leer libros, no podemos comprar”. “Bueno pues, entonces fotocopien, hagan una colecta”. “No, imposible”. Y el único que se enfrentó al resto de sus compañeros era este Wilmer Urrelo y les dijo: “Tenemos que leer, compañeros, hay que leer”. “Pero somos pobres”. “Sí, yo también soy pobre, miserable. ¿Saben que hago? Me voy a las fábricas de papel higiénico, les compro libritos, lo que sea, les compro los libros para que no los vuelvan papel higiénico. Ya tengo mis acuerdos, entonces voy a estas fábricas, recupero libros y me pongo a leer, y me los venden en un peso, en dos pesos, ya tengo mi biblioteca de mil volúmenes”. Esto que les cuento sucedió hace tres años.

Esta no es, creo, una metáfora de reciclaje, no es una metáfora ecológica. Para mí es una metáfora de reinención, porque sólo así vamos a poder decir a nuestros hijos que apuesten por esta universidad, que apuesten por una universidad tan profundamente degradada que no ha sido capaz de inventar un nuevo mundo, que no ha sido capaz de diseñar ese nuevo mundo libertario intercultural. Gracias.

Félix Patzi

Agradezco a los que están escuchando y también a los que han organizado este evento. Yo voy a decir algunas verdades, espero que no les duela, pero si les duele está bien porque, como parte de la comunidad universitaria, tengo la obligación de aportar sobre la universidad y la educación.

No quisiera diagnosticar porque creo que de eso tenemos suficiente, y tampoco quisiera referirme a los paradigmas porque muy poco me importan, la verdad; de paradigmas hemos vivido 500 años y eso solamente nos ha llevado a la ruina. Lamentablemente, las universidades han vivido de paradigmas, han imitado el concepto de calidad, incluso lo han asemejado o comparado con Harvard. Allí se hablaba del concepto de eficiencia, calidad y todo eso, y aquí también se empezó a hablar. Si allí ha funcionado administración de empresas como el prototipo de las universidades, aquí también todas las universidades públicas y privadas hablan de administración de empresas.

Yo diría que la universidad nunca ha respondido a la realidad de Bolivia tal como es. Una presencia fundamental en Bolivia son las tecnologías sociales, las sociedades y las comunidades indígenas, pero se ha despreciado esas tecnologías.

Pero es falso que no se produjo intelectuales; en ciencias políticas estamos en primer lugar en el mundo. Otra cosa es el prejuicio de que no se genera nada porque lo de afuera siempre es lo mejor. Al viajar me sorprendí de todos los textos que se producían aquí, traducidos, incluso sin autorización del autor; he visto mis libros pedaceados por todo lado. En Bolivia no hay ninguna biblioteca que recolecte mis conferencias, mis libros; en EE UU, en cambio, toditos, completos. Me he asombrado cuando he ido a Italia, a Alemania. También los textos de Silvia Rivera, de todos los mejores que hablan de Bolivia. Y yo digo que aquí se producen muchas cosas —sólo que no nos valoramos—, tenemos que reconocerlo y sentirnos orgullosos.

Aunque me llamen fundamentalista o lo que sea, yo quisiera ser honesto. Mientras el país no solucione el problema de la colonialidad estamos hablando cualquier cosa; así de simple. Eso escribí un artículo en (el periódico) *La Razón*, con el título “Más allá de la raza”. Precisamente detrás de las razas están los proyectos de sociedad, incluso antagónicos. Ese antagonismo hay solucionarlo, hermanos, hay que pensar cómo solucionarlo.

La colonialidad tiene dos puntos de vista, uno es más sociológico, otro es más filosófico. Lo sociológico se refiere a la clasificación social a partir del criterio de raza, de etnia; es decir, todas las oportunidades de nuestro país siempre han sido definidas en función de la colonialidad (lengua cultura, etc.) y a la pertenencia a un apellido. Esa es la realidad, la curva de oportunidades va disminuyendo en tanto también va oscureciéndose el color de la piel. Eso no solamente pasa en Bolivia, también en el resto de América Latina, en el África, en el Asia, incluso yo me sorprendí cuando hablé de la colonialidad en Europa: los sardos, los vascos tienen ese mismo problema.

Por eso, cuando hablamos de colonialidad no hablamos sólo de Bolivia; estaríamos hablando del mundo. Hablar de dos Bolivias me parece ridículo, hablar de ese criollo mestizo, por favor, ¡no! Aunque lo llamen

fundamentalismo, no va a haber solución, va a haber guerra para construir una sola Bolivia. Hay que solucionar esa yuxtaposición, así de simple. En Bolivia siempre hemos sido enfrentados bajo esa yuxtaposición; nuestra historia es la historia de esos conflictos de yuxtaposición de civilizaciones. Eso nos da luz para hablar en primer lugar del concepto más sociológico de colonialidad en cuanto se refiere a la distribución de oportunidades; eso hay que solucionarlo.

El segundo concepto de colonialidad es más filosófico. Se refiere a las concepciones o concepción del mundo, y aquí hemos trabajado sólo una visión del mundo, hemos trabajado en la imposición de una sola visión del mundo. Se han desechado totalmente las visiones del mundo de otras sociedades indígenas, se ha construido un imaginario negativo hacia los indígenas. Los propios indígenas han sido cómplices de eso. La política ha construido un imaginario positivo de Occidente, de lo urbano, de lo criollo, de lo mestizo.

A eso quiero entrar ahora. Cuando estuve en el Ministerio de Educación yo quería ver en la iglesia una víbora, un sapo al lado de su virgen. Eso es interculturalidad, hermanos. Entonces, por qué la Iglesia tiene que imponer la religión católica aquí si somos interculturales. ¡Qué valoren, que enseñen en las escuelas y en todos los niveles, todas las cosmovisiones, la civilización indígena, sus creencias, que estén adorando al sapo, al diablo! ¿Por qué? Porque descolonizar en términos filosóficos significa equiparar las concepciones del mundo. No decimos eliminar, no queremos imponer sino equipar las cosas.

Yo quiero decirles que cuando hemos trabajado la Ley Avelino Siñani y Elizardo Pérez hemos trabajado junto a las universidades en esta visión de descolonización. Descolonizar significa modificar las instituciones colonialmente estructuradas, y la universidad se ha hecho una institución colonialmente estructurada. Partamos de una de las expresiones más contemporáneas de la colonialidad: la exclusión fundamentalmente de los indígenas (urbanos y rurales). En la ley, la política de inclusión en la educación superior la hemos planteado con la desconcentración, obligatoria y sistemática, y desconcentración conforme a las vocaciones productivas.

Quiero decir que muchas universidades han empezado esa tarea, pero nuevamente de manera colonial: crean carreras técnicas y algunas, de paso, mandan profesores egresados sin ninguna competencia. Por ejemplo, cómo funciona agronomía o veterinaria en una ciudad, sin pisar el campo ni sembrar una papa. Tienen una granja experimental en Belén, pero ni siquiera van, ni los profesores quieren ir. ¿Y cómo quieren ser agrónomos? En esta ley hemos dicho que hay que desconcentrar para incluir.

Yo creo en la universalización de la educación superior, que todos sean profesionales, el 100%, esa es la meta, eso sería revolución de la educación superior, y eso es posible sólo con la desconcentración, que es una de las políticas que hemos planteado. Por lo tanto, ahí va la descolonización porque las oportunidades se las da a todos por igual, todos tienen la posibilidad de ser profesionales.

Respecto a la universalización de la formación técnica, del modo en que funciona la colonialidad en Bolivia, nadie quiere ser técnico, nadie quiere título de técnico superior, todos quieren ser licenciados o tener maestría o doctorado, y el mundo cotidiano del mercado y todas esas cosas van por otro lado. Un país no se construye con abogados, sociólogos, historiadores, ni muchos menos con literatos, y si no generamos fuerza de trabajo con capacidad de gestar economía, peor todavía, hermanos.

La visión colonial en Bolivia es formar profesionales con mentalidad burocrática. Están en la universidad y ya están pensando sentarse en la silla. Esa es la mentalidad que hemos heredado desde la Colonia, porque las primeras profesiones han sido abogados, doctores, filósofos, curas, teólogos, carreras totalmente improductivas. Entonces hay que cambiar esa mentalidad con la obligatoriedad de la formación técnica. La ley que impulsamos dice después de la carrera técnica se puede transitar a técnico superior y luego a la licenciatura y el postgrado, precisamente para eliminar esta colonialidad, porque ahora los títulos de las carreras de técnico medio y superior son inferiorizados por los licenciados respecto a los de maestría, doctorado. Si universalizamos la formación técnica puede ser que incluso solucionemos un problema central en el país.

Entonces, empezamos a impulsar la economía del país con jóvenes, porque tendrían su primer título profesional a sus 20, 21, 23 años, con

todas las habilidades y destrezas para levantar la economía. Que esos jóvenes profesionales presenten un proyecto para que el Estado les preste dinero es la única manera en que se puede avanzar; que constituyan empresas comunitarias pequeñas, después medianas y grandes.

En cuanto a la política, la universidad boliviana que estoy planteando incorpora de manera obligatoria, en todas las carreras y facultades, la sabiduría, el conocimiento y la tecnología de la sociedad de los pueblos indígenas. Por eso cuando dijimos que todos vamos a estar obligados a aprender un idioma nativo, todos han reaccionado. ¡Caramba!, yo dije:.. “y quién eres”, “mestizo soy”, “entonces por qué estás negando a tu madre, de dónde eres, de pollera o de qué”. Hasta eso hemos llegado porque no quieren aprender otro idioma en Bolivia. A los que no quieren aprender les pregunto por qué no quieren si es obligación; además permite levantar la autoestima de la identidad nacional. Les pregunto “quién vive ahí”, nadie me responde, “¿cómo es?, ¿quién es ayoreo?, ¿quién es chiquitano?, ¿quién es guaraní?, ¿quién es ejja?, ¿quién es tacana?” ¡No conocemos y todos debiéramos conocer en qué consiste esa sociedad, cuál es su forma de organización, cuál es su forma de economía! Mientras conozcamos, evidentemente podremos considerarlos hermanos, y que esos chiquitanos también conozcan quién es el aymara, quién es el quechua, cómo es. Después hay que ir a la historia y después a la historia universal. Eso es descolonizar de verdad, y por eso es muy importante la incorporación en la parte curricular de estas concepciones del mundo de las sociedades indígenas.

Por último, dos cosas han afectado a las universidades: han visto a la autonomía como una republiquetá donde nadie entra. Lamentablemente, esa autonomía se ha separado totalmente del pueblo; históricamente surgió como parte de la sociedad pero hoy se ha separado. Entonces aquí la discusión es cómo anclar nuevamente la universidad a la sociedad. Se ha planteado autonomía con participación social, y quiero poner esto en discusión porque se trata de la creación de un consejo social unitario de educación superior, como una instancia externa a la universidad conformada por organizaciones que planifican, juntamente con la política de investigación, la política de concentración.

Cada política tiene su presupuesto, y esta instancia también. Además, se gestiona una lucha de manera conjunta para financiar, para movilizar. Ese es el consejo, eso es participación social. No se mete en su elección de directiva, de director, ni de sus docentes, ni siquiera en su plan curricular. Puede sugerir, puede decir “esto podemos querer”; por ejemplo, si una comunidad o una región pide la desconcentración, ese consejo nacional dice cómo va a ser, eso es participación social. Esto estaba pactado con la universidad.

Finalmente, yo he declarado en contra de que se creen universidades en esta línea de descolonización porque se trata de acercar las fronteras cada vez más, borrarlas. Por eso en el Congreso (Nacional de Educación, 2006) defendía que no era necesario crear las comunidades indígenas porque eso era producir la colonialidad: una universidad indígena, una universidad blanca. Yo les decía a mis propios hermanos: no creo que tengamos títulos como en tiempos de Melgarejo, carnet de indios, carnet de blancos, eso era seguir reproduciendo la colonialidad. Descolonizar es dar oportunidades por igual; allí valen la capacidad, el conocimiento, el esfuerzo, los méritos. Eso no es excluyente, sólo es un valor liberal de siglos.

Boaventura de Sousa Santos

Los debates sobre la universidad aquí y en el mundo son debates masoquistas. Entonces lo que diré hoy aquí será una razón de optimismo trágico. Estamos conscientes de las dificultades, pero pienso que hay mucho pensamiento novedoso en Bolivia para poder llevar adelante una reforma emancipatoria de la universidad. Pienso seriamente que, a pesar de lo que se dijo hoy en la mañana, la universidad es capaz de reflexionar, pero probablemente no es capaz de traducir la reflexión en ideas prácticas.

Entonces, ¿qué les puedo ofrecer después de esas brillantes intervenciones que tuvimos aquí? Para comenzar, me gustaría decir que todos nosotros, en todos los países, discutimos la universidad; es un proceso global. Pero también me gustaría decir que la universidad no ha estado siempre en crisis, y que es importante saber de dónde viene

esa crisis: del proceso global de mercantilización de la universidad y de los servicios universitarios. Eso se está discutiendo en la Organización Mundial del Comercio (OMC), con la próxima liberalización de los servicios, y lo más importante, lo más lucrativo, con la educación terciaria, es decir las universidades, la enseñanza superior.

Lo que sea que vaya a pasar en las universidades no tiene nada que ver con privatización. El problema es otro, es que la universidad pública no solamente trabaja para el mercado, sino para que se constituya como mercado interno en todas las relaciones con el profesor y, al mismo tiempo, se integren en esta mercantilización los servicios de educación. Consiste en que si se sigue adelante en este sentir, las llamadas universidades globales —que en este momento son las cinco o seis universidades norteamericanas, las dos o tres australianas, las dos inglesas o una holandesa— pueden patentar cursos de tecnología, sociología, humanidades y antropología y venderlos a las universidades llamadas del Tercer Mundo, que pueden ser del sur de Europa, de mi país, Portugal. La idea es que las universidades de los países menos desarrollados no deben ser una prioridad de inversión. Si ustedes van al África hoy en día, sus gobiernos no envían al Banco Mundial ninguna solicitud de inversión universitaria para que compre a las universidades globales paquetes de programas, de currícula, de profesores, de evaluación de clases. Pero Sudáfrica ya vende paquetes de cursos de sociología al resto del África, y esto va en aumento. En Latinoamérica se intenta lo mismo con la UNAM, y la UNAM está en una resistencia total, por cierto; pero nada se hace porque es un proyecto que no va a parar, pues, en este momento Brasil y Sudáfrica ya estarían impulsando las otras currícula.

Entonces se está produciendo una globalización neoliberal de la universidad. Esta globalización va a tener los criterios de eficacia y la eficiencia. Y aquí es necesario aclarar una equivocación: todos estamos a favor de la eficiencia, la eficacia y la competencia. Lo que queremos saber es cuáles son los criterios para aplicarlos. Aquí hay el problema de la confusión del tiempo, nosotros nos desapropiamos del lenguaje pero no los criterios que están por detrás.

Así llego exactamente a lo que dijo Félix Patzi; cómo podría yo imaginar que un licenciado indígena iba a defender la posición del

Banco Mundial contra la sociología, los abogados, las humanidades, y en defensa de los técnicos e ingenieros para desarrollar la economía. ¿Qué economía?, ¿la economía neoliberal, la economía excluyente? Félix dice que no queremos abogados, que no queremos gente de ciencias sociales, de las humanidades, tal como lo ha decidido la OMC, que dice que este conocimiento no da ganancia y, como no da ganancia, debe ser penado porque la universidad tiene que ser un mercado, y el ministro sostiene lo mismo. ¿Cómo se calcula que la universidad no tiene impacto, qué significa eso, con qué criterios, qué es eso? En mi próximo libro hablo de lo muy cercana, muy próxima que es la universidad en el siglo XXI, y lo describo como un proceso de globalización solidaria, y por eso tiene que tener una respuesta fuerte³.

Hasta ahora la universidad no se ha defendido bien al plantear propuestas utópicas, propuestas totalmente corporativas de defensa, eso me ha quedado claro. Hay que canalizar muy bien el proceso, hay que responder a la globalización neoliberal con una globalización solidaria, con una universidad con otro tipo de redes, con otro tipo de universidad. ¿Cómo vamos a hacer eso? Pienso que el gran problema de la universidad hoy en día es que ya no responde bien ni se defiende bien. Aquí se habla mucho del proyecto nacional, y realmente eso se dio en las universidades de todos los países. En Brasil, por ejemplo, el proyecto nacional estaba en la universidad. Pero, ¿qué proyecto? Un proyecto excluyente. En Brasil no había afrodescendientes, en México no había indígenas, y aquí tampoco. Es decir que son proyectos nacionales que funcionaron para las elites y por eso el Estado apoyaba a la universidad.

El problema es que ahora las grandes empresas nacionales ya no interesan; a los técnicos de Bolivia, del Brasil, del Ecuador los pueden formar en la India o en cualquier otra parte, y por eso no existe un proyecto nacional que les interese. Ahora el Estado descapitaliza la universidad pública porque para este proceso de desarrollo capitalista la universidad pública ya no es necesaria; está suspendida en el aire, sin un bloque histórico que la pueda sustentar. Sin embargo, creo que cada país ha de encontrar el bloque histórico, y a mi juicio son solamente los

3. *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipatoria de la universidad*. La Paz: CIDES/UMSA y Plural, 2007.

movimientos sociales y, en ciertos países, como Bolivia y Ecuador, los movimientos indígenas, los que tienen que asumir un papel protagónico de algo histórico.

La primera idea es que en este proyecto la universidad defendió lo que yo llamo la monocultura del conocimiento científico, junto a los más dramáticos crímenes de la historia: “epistemicidio”, es decir, la muerte de conocimientos campesinos, de conocimientos indígenas, de conocimientos de afrodescendientes. Y ese epistemicidio es la muerte de los conocimientos, es la muerte de los pueblos. La universidad tiene una deuda histórica al haber producido ese epistemicidio, que además sigue produciendo. Un ejemplo de mi práctica de trabajo: mi asistente de investigación del proyecto que realizamos en Colombia ha escrito un libro del proyecto. Este estudiante asiste a la Facultad de Derecho, y en la clase de derecho civil estudia la propiedad. El profesor le explica sobre el comprador, el vendedor y el tipo de individualidad. Para este estudiante, en su comunidad de la sierra, no existe ese concepto sobre la tierra porque ésta no les pertenece; por el contrario, ellos pertenecen a la tierra, y por tanto ésta no se puede vender. Cuando trata de explicarle esto al profesor, éste le contesta: “Yo estoy aquí enseñando conocimiento y todos los demás conocimientos no me interesan”.

Ahora bien, nosotros debemos sustituir esta monocultura por una ecología del saber —que espero explicar después en un mejor contexto—, cuya característica fundamental es la ecología. Es una convivencia de diferentes saberes que no descalifica a la ciencia moderna, que es parte de la constelación más amplia de saberes. Para algunos la ciencia es muy importante y para otros, el conocimiento indígena. Sin embargo, tenemos que partir de una concepción pragmática del saber. El conocimiento que necesito depende de los objetivos que quiero lograr: si quiero ir a la luna, necesito el conocimiento científico; si quiero defender la biodiversidad, necesito el conocimiento indígena. De modo que necesito ambos conocimientos. La ecología de saberes es el proyecto de país desde abajo, y esto es lo que la universidad no ha hecho, porque siempre ha tenido una visión del país desde arriba.

La segunda idea es que en la ecología de saberes la ignorancia no es un punto de partida para el saber, aunque puede ser un punto de llegada:

cuando nosotros aprendemos saberes, cada saber produce una ignorancia y la ignorancia no descalifica. Lo que aprendemos es proporcional a lo que ignoramos, y lo ideal es que mantengamos la posibilidad de una constelación de saberes, de una configuración de saberes, porque el hecho de que lo que sabemos no pueda coexistir tiene consecuencias en la vida cotidiana. Pongo otro ejemplo: en el trabajo de campo, un grupo indígena de Colombia se opuso a la exploración de petróleo en sus tierras sagradas y quisieron autoeliminarse, y en el occidente de Venezuela (en la frontera con Colombia) otra compañía petrolera de Venezuela quiso explorar petróleo y se produjo una crisis que no pueden ni imaginar. De modo que existe este enfrentamiento entre el conocimiento científico de la política de gobierno y la interculturalidad.

Un ejemplo es lo que sucedió cuando el ministro del Medio Ambiente de Colombia llegó a la sierra, para explicar a la gente que se oponía a la exploración petrolera las ventajas de ésta en la región —escuelas, carreteras, hospitales, además de todas las regalías para ellos—. Luego de hablar una hora preguntó: “Y ustedes qué piensan” y los taitas se quedaron callados. El ministro se quedó desconcertado, y preguntó a sus asesores: “¿He dicho alguna cosa mal, que esta gente quedó ofendida?” “No, nada”. Entonces el taita más viejo se levantó y dijo: “Ni nosotros, y menos usted, podemos decidir sin consultar antes a nuestros antepasados”. “Pero si sus antepasados ya murieron, ustedes viven, ustedes son la comunidad”. El ministro no entiende; hay un choque de saberes. Para estos indígenas, sus antepasados están aquí en la comunidad, no están muertos, están vivos de una manera especial. El ministro dice, entonces: “Si los antepasados están aquí, consulten. Yo espero un poquito”, y el taita se levanta y dice “¡No! Depende de la luna porque nosotros consultamos solamente en ciertas fases de la luna”. Y el ministro cree que los indígenas están locos, que no quieren nada, y que él no puede quedarse allí, debe regresar a Bogotá cuanto antes. Al día siguiente los indígenas se rehusaron a hablar con el ministro; ellos querían hablar en sus propios términos, pero como no lo aceptaron, se rehusaron al diálogo. Por eso es importante buscar la ecología del saber,

Esta nueva idea es una extensión a la inversa. Hay programas de extensión porque la universidad está aislada; tiene que extenderse hacia

afuera porque está demasiado hacia adentro. Lo que propongo para la universidad del siglo XXI es una extensión actual, que consiste en traer adentro de la universidad los otros conocimientos de afuera. Esto implica un cambio total: en su currícula deberían existir facultades de agua, facultades de tierra, de biodiversidad, de energía, de bosques, de recursos naturales, de Pachamama. Es una revolución dentro de la universidad que resulta problemática porque entonces todos los profesores de la universidad pasan a ser alumnos, tienen que ser ignorantes y afirmar su propia ignorancia. Es un ejercicio de autorreflexión global, pero más amplio. En este país veo buenas condiciones para su creación, pero las trampas van siempre juntas en las universidades.

El ministro Patzi, con su visión sobre los conocimientos indígenas, se traicionó cuando dijo claro que hay que sistematizar para transformar. Esa es la trampa de la universidad: querer sistematizar todo y transformarlo en conocimiento científico. Eso no puede ser. Esos conocimientos deberían mantenerse como son, con su estructura. ¿Cómo hacerlo? Félix Patzi dice que las universidades deberían ser interculturalizadas e integradas con estos otros conocimientos.

Debo decir que es totalmente correcto lo que dice Patzi, acepto ambas condiciones; es decir que pienso que hay dos soluciones: integrar realmente la interculturalidad y descolonizar. Repitiendo lo que dije ayer: me rehúso a hablar de interculturalidad sin hablar también de descolonización. Curiosamente, anoche leí el texto de Patzi y pensé que estaba bastante de acuerdo con él justamente por esta conjunción, porque la descolonización implica la interculturalidad.

Es posible tener universidades indígenas para algunos temas que los propios indígenas no quieren que los blancos toquen. En mi experiencia con los grupos indígenas del sur de Colombia, donde tengo años de transmitir traducción intercultural en un contexto de traducción intercultural, los mismos líderes indígenas dicen que hay mitos suyos que no discuten con nadie justamente porque son suyos, y esa es una posición que hay que respetar. Por eso advierto que fuera de las universidades indígenas, donde el lenguaje es otro, la traducción intercultural tiene que ser de los grupos indígenas, porque ellos tienen que ver sus mitos, sus concepciones, sus cosmologías.

En la selva y en la Amazonia del Brasil identificamos cosmologías completamente distintas, con lenguas totalmente distintas, a una distancia de 40 ó 50 km entre sí una de otra. En el Ecuador, comunidades que todavía no se han contactado con la llamada modalidad capitalista, lo harán ahora por el tema del petróleo. Esta es una agresión sin nombre, es un crimen histórico que se está cometiendo en el continente contra los pueblos indígenas, que es un grupo que está cercado por todo lado simplemente por su defensa petrolera en su territorio.

Algo que es para mí muy importante es que debemos tener universidades indígenas. Pero lo he discutido con gente que trabaja en la universidad, como un indígena de Quito y uno de Guayaquil, y lo fundamental es que habrá universidades interculturalizadas, y creo que es posible.

Estoy de acuerdo con Guillermo Mariaca, que decía que con la traducción cultural y la respectiva producción cultural se puede lograr el requerimiento sostenible, así como lo que estamos haciendo con la producción social. Debemos anotar que los indígenas nunca usan la palabra 'socialismo', nunca usan la palabra 'emancipación social'; usan la palabra 'dignidad' y la palabra 'respeto'. Es decir que entre los indígenas y los ecologistas hay diferentes lenguajes de inclusión social. Entonces hay que hacer la producción. Porque los movimientos indígenas hoy saben que, aislados, ellos solos no pueden crear el bloque histórico, porque bloque histórico es estar con otros grupos distintos, con grupos protagónicos. En esas condiciones, pienso que no se debe hablar más de traducción intercultural.

Tengo dos observaciones finales, pero quiero cumplir rigurosamente con mi tiempo. Sobre la cuestión de la nueva organización, está en mi libro, cuya versión última está en la Web⁴. Estoy seguro de que si la universidad se fuera a reformar de la manera en que propongo, tendría que vencer muchos obstáculos. Voy a proponer una universidad popular con movimientos sociales. Esto lo voy a discutir con mucho gusto con los movimientos sociales en El Alto, y ustedes están invitados a esta discusión. Su organización tiene que ser muy democrática, y puesto que tiene

4. *Op.cit.* o ver: www.clacso.org/biblioteca

todos los problemas de la universidad privada y la universidad pública, le daría un espacio público importante a la libertad. Es una universidad muy selectiva, y puede darse ese espacio público con nuevas normas de organización de democracia. Respecto a la autonomía, la limitación para ésta sería la participación social, así como los consejos sociales, que no son controles pero sí una forma de revisión de cuentas que exigimos, pues se trata de nuestros impuestos.

Esto es lo que debemos exigir de la universidad, pero sin frenar de ninguna manera a la libertad de enseñanza, que es lo que pasa hoy en algunos países, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde la libertad académica está impedida en este punto pues hay cosas que no se puede decir porque no es una crítica políticamente correcta, porque se puede ser malinterpretado, porque se puede ser acusado de criminal.

En nuestros países tenemos bastante libertad de expresión. Claro que debemos comprender que a veces el resultado de nuestra libertad es la resignación de los estudiantes, que se sienten ofendidos pero se callan, lo cual no es correcto. Por eso es necesario que la autonomía exista como concepto social, que no te impide la enseñanza pero te puede dar una visión de retorno de la sociedad a través de la universidad. En segundo lugar, pienso que con esta nueva organización deben existir redes de globalización solidaria en las universidades. Con estas redes se puede permitir excelencia y calidad en los postgrados, con el Estado apoyando en viajes, por ejemplo, con postgrados compartidos y con universidades autónomas. Esa globalización tiene que ser transnacional; el continente necesita en este momento del proyecto de la universidad andina o de otros más amplios.

Pienso que se puede construir una globalización solidaria, porque de otra manera se va a imponer otro sistema. Tenemos que encontrar una forma de resistir y unir las fuerzas, pues el fraccionalismo dentro de la universidad es terrible.

Debate

Comentario

Quiero hacer una observación sin intención de causar polémica: la ciencia tendría que aflorar en este momento. Yo, personalmente, sueño con una Bolivia que sea un espacio de convivencia pacífica. Mientras nosotros hablábamos de Estado y sociedad, hoy mil bolivianos han emigrado a España. Y mientras estábamos hablando de descolonización, miles de compatriotas seguirán emigrando. Me parece un poco paradójico que mientras nosotros hablamos de descolonización nuestros compatriotas, sobre todo jóvenes, están viajando a la metrópoli colonial. Gracias.

Pregunta

Creo que las dos expresiones han tocado de alguna manera el núcleo central que debiera ser la transformación de la universidad, sin seguir intentando estructurar o transformar la universidad en los mismo términos que de alguna manera esta mañana han planteado la mayoría de las posiciones, con aquellas reformas y aquellas transformaciones, sin sistematizar el problema del conocimiento y de la investigación, sin profundizar la cuestión de los adolescentes, el lugar que van a ocupar en la universidad. En este sentido, preguntaría a Guillermo y a Félix: ¿cómo debiera transformarse la idea de investigación en la práctica, teniendo en cuenta que la universidad tiene toda una estructura conformada de investigación? Es decir, ¿cómo debiera conformarse el conocimiento?

Participante

Otro problema que está planteando Félix Patzi respecto a la participación social de las universidades derriba una lectura que está en la realidad. No conoce el señor Félix Patzi lo que ha pasado en la UPEA. Cuando se aplicó una ley con participación social se produjo un caos, fue dramático todo lo que ha pasado en El Alto, con costos económicos y financieros. Para resumir, ¿con la juventud se está planteando una nueva forma de participación más democrática, con criterios muchos más democráticos o tal vez más puntuales, o vamos a repetir nuevamente lo que ha pasado en la UPEA?

Más que una pregunta, es un comentario para el señor Boaventura: al plantear la creación de universidades indígenas, que tal si se decide crear una universidad indígena donde no se sepa dividir bien.

Comentario

De hecho estoy involucrado en el proceso de la universidad del Ecuador que citó Boaventura. La pregunta que deberíamos hacernos es sobre la producción del conocimiento de las sociedades. Creo que el saber lo produce parte de la sociedad, tal como sucede con la producción, y luego, en ambos casos, se lo disfruta individualmente. El conocimiento se lo produce socialmente pero se lo sistematiza en la universidad. En realidad la universidad está hecha para excluir la conformación del conocimiento en la misma sociedad, la universidad está hecha para legitimar el poder, para asegurar los mecanismos de la dominación. La universidad no es un espacio que, con el nombre de *universitas*, permita la crítica absoluta. Eso lo vivimos de manera palpable en la creación de la universidad indígena porque la estructura de poder la presentó como una propuesta con todos los marcos técnicos y categorías de la modernidad y de occidente, dentro de sus marcos. Pensamos que esta universidad debería estar en las comunidades, en el pueblo; y ahí esta justamente nuestro campus universitario. Quisimos crear otros títulos, porque los títulos actuales permiten ejercer un poder y una función. Y ahí se produjo nuestra disputa con el poder. En esta propuesta de universidad distinta, queríamos que esa propuesta sea estatal, que sea una universidad pública, que el Estado asuma la interculturalidad. Pero para poder asumir la interculturalidad necesitamos relativizar nuestros conocimientos, pues lo que tenemos son conocimientos de poder, que expresan la violencia, el racismo.

En América Latina ha existido una estrategia de una regulación-privatización en la educación superior. En Ecuador se aprobó en el Congreso alrededor de 100 universidades privadas, todas ellas en el plazo de un año y medio. De las aproximadamente 112 propuestas de universidades presentadas, se aprobaron 111. La única que no se aprobó fue la intercultural. Qué hicimos: nos movilizamos, tomamos carreteras para que se apruebe la universidad, porque ese es un campo de disputa. No sólo debemos disputar la tierra, no sólo debemos disputar

el agua, la territorialidad, la biodiversidad; también debemos disputar el conocimiento, donde se inscribe la emancipación.

Félix Patzi

(Respecto a la migración) me alegra, porque allí todos son viejos, no tienen hobbies, entonces los jóvenes que vayan también a colonizar, también los indígenas, pues la mayoría que está yendo son indígenas. De paso, que organicen sus morenadas, que bailen en España, perfecto, muy bien. Pero quiero decir también que es cierto, aquí no se construyen oportunidades, recién estamos empezando.

Aquí la política de la universalización de la formación técnica tampoco es algo concreto, sólo una propuesta. Quisiera hablar otro día sobre las empresas comunitarias, pero con los recursos locales, con los recursos despreciados, la quinua y la carne de llama, que no tienen competencia en el mercado mundial y por eso tienen una ventaja comparativa. Pero no generamos profesionales para la industrialización de la carne de llama, solamente para la soya, y en todo el mundo se produce soya, y el empresario tiene que estar mendigando mercados solidarios, es una vergüenza de burguesía. Hay que construir con la competitividad, si quieren. La empresa comunitaria en cambio, es de bien común. Podemos señalar punto por punto dónde podemos potenciar la economía de Bolivia. Para mí es una cuestión más pragmática. Deberíamos impulsar todos los productos de la coca, en primer lugar, y luego que las ciencias sociales permitan construir otro tipo de epistemología. No es tan complicado. Cómo vamos a potenciar la economía con recursos locales. Quiero contarles cómo negociar el charque de llama: en Brasil basta que digas 0 calorías más proteínas, y las mujeres lo compran para mantener su figura. Son cosas así de simples.

Tercero, a la compañera que tenía miedo del arte, la música y el deporte, porque evidentemente en esta ley se plantea que desde jóvenes, con esta visión de especialización en las cosas, los bachilleres van a ser técnicos productivos, pero con cierta especialidad en cuatro áreas: tecnológico, productivo, ciencias de la salud, humanidades y ciencias sociales. También hemos abierto arte, deporte y música. Ahora, si se trata

de equiparar los conocimientos, entonces también hablaremos de arte indígena, música indígena, o música moderna, un ballet clásico, una tarqueada sofisticada. Se puede vivir del deporte, ahora academicemos el deporte o la música o el arte.

Por último, la participación social. Entiéndalo bien, el error de la UPEA es haber metido a las organizaciones sociales al interior de la universidad. Ahí empiezan los cuoteos corporativos de cualquier sindicato. Tiene que haber un consejo externo, no interno, la autonomía está intacta, pero aquel servirá para anclar un consenso, para que planifique y para que rinda cuentas a la universidad, fundamentalmente, y haga gestión, evidentemente porque va a ser parte de la región, del pueblo. Pero sin una instancia externa edificamos la autonomía como está, totalmente tergiversada. De otro modo, se harán rebasar con el pueblo, y ésta va a inventar otras universidades, que para mí no es la salida. Yo creo mucho en la transformación de las universidades públicas y apuesto mucho por eso, sólo que los postulantes a rector no plantean transformaciones, ni más eficiencia ni calidad. Ni siquiera saben qué es calidad. Es que estamos viviendo otro tipo de país, estamos viviendo en otro contexto. Muchos dicen que han mandado gente a la izquierda; es falso, estamos yendo a lo colonial, sólo que esto no se comprende. Tampoco hay actores que con claridad lleven realmente adelante este producto de descolonización. Gracias